
SEDACIÓN

SEDACIÓN

Novela

NOTA DE LA AUTORA

Este libro alterna entre dos voces:

LENA — La enfermera.

LAURA — El diario.

* * *

PARTE UNO: EL PATRÓN

* * *

CAPÍTULO 1

EL TERCER PACIENTE

LENA

Mi mano presiona su pecho con más fuerza de la que debería ser necesaria.

Una. Dos. Tres. Las costillas ceden levemente con cada compresión, ese sonido blando y perturbador que solo reconoce quien ya intentó

reanimar a alguien. El monitor cardíaco pita irregular a mi izquierda, la línea verde oscilando como si no supiera bien qué quiere — vivir o no.

— ¡Continúa! — grita alguien detrás de mí. No necesito girarme para saber quién es. El residente de guardia, suficientemente nuevo para seguir creyendo que gritar ayuda.

Yo continúo.

Ya he perdido pacientes. Cualquier enfermera que trabaja en UCI siete años ya ha perdido pacientes. Aprendes a construir una pared entre lo que ven tus ojos y lo que siente tu corazón. Esa pared no es frialdad. Es supervivencia.

Pero aquella noche, la pared estaba agrietada.

— ¡Cargando desfibrilador! — anuncia el técnico desde el rincón del cuarto.

Me arde el brazo. Mantengo el ritmo.

Y entonces, por una fracción de segundo — el tipo de fracción que no puedes explicar después, que parece una locura cuando intentas ponerla en palabras —, miro el rostro del paciente. Ricardo Matos. Sesenta y dos años. Habitación 312. Ingresado hacía cuatro días por una arritmia que debería haber sido tratable. Paciente del Dr. Daniel Vidal.

Y el pensamiento aparece, nítido como una hoja fría:

Este es el tercero.

El tercer paciente del Dr. Vidal que muere este mes.

— ¡Listo para descarga!

Aparto las manos. El médico apoya las palas en el pecho desnudo de Ricardo Matos. El silencio del medio segundo antes de la descarga

siempre parece más largo de lo que es.

— ¡Todos atrás!

El cuerpo salta en la camilla. Una contracción violenta, casi grotesca, como si alguien hubiera intentado despertar a un muñeco. El monitor se queda en silencio dos segundos. Tres. Cuatro.

Una línea recta.

Larga. Implacable. Definitiva.

Más compresiones. Más intentos. Tres inyecciones en secuencia rápida. Otra descarga. Más silencio.

El médico mira el reloj.

Ya sé lo que va a decir antes de que abra la boca.

— Hora del fallecimiento: 22:47.

Existe un silencio específico que solo existe después de que alguien muere en un cuarto lleno de gente. No es el silencio de la ausencia de ruido — las máquinas siguen zumbando, alguien sigue caminando por el pasillo de afuera. Es el silencio del aire cambiando de calidad. Como si él también necesitara un momento.

Me quito los guantes despacio. Los descarto en el cubo de residuos hospitalarios. Miro a Ricardo Matos por última vez — el rostro ahora completamente relajado, sin aquella tensión de quien todavía está luchando — y salgo del cuarto sin correr, porque correr sería admitir que necesito escapar.

En el pasillo, Marcos me está esperando.

Es enfermero como yo, pero del turno anterior. Se quedó para cubrir una guardia. Tiene treinta y seis años, el cabello corto casi rapado en los laterales, esa manera de apoyarse en la pared con los brazos

cruzados que tiene desde que nos conocemos, cuatro años atrás, cuando llegó al hospital trasladado de otro.

— Uno más — dice.

No es una pregunta.

— El tercero de Vidal — respondo.

La palabra flota entre nosotros un momento.

Marcos desdobla los brazos. Mira el cuarto cerrado. Después me mira a mí.

— Coincidencia — dice.

Pero hay algo en la forma en que lo dice. Demasiado rápido. Demasiado automático. Como quien repite algo que ha ensayado, no algo en lo que cree.

Yo no respondo.

Camino hasta la sala de medicación. Abro el historial de Ricardo Matos. Reviso todo lo que le fue administrado en ese cuarto en las últimas veinticuatro horas: sedación leve para el control de la ansiedad, analgésico para el dolor en el pecho, anticoagulante preventivo. Todo dentro del protocolo. Todo documentado.

Todo normal.

Eso, por algún motivo que todavía no consigo articular, me inquieta más que cualquier irregularidad.

Cuando cierro el historial y vuelvo al pasillo, veo al Dr. Daniel Vidal conversando con un residente cerca del ascensor. Está de espaldas a mí — pero aun así ya conozco esa postura. Hombros levemente echados hacia atrás. La calma de quien nunca parece tener prisa.

Cuando se gira y me ve, saluda brevemente.

— Enfermera Lena.

Su voz es tranquila. Siempre es tranquila. Como si nada de lo que ocurra en este hospital — ninguna muerte, ninguna crisis, ningún código azul — pudiera sacar de su sitio aquella estabilidad artificial.

— Doctor.

— Parada súbita. — Lo dice como si me estuviera informando del tiempo. — Por desgracia, estas cosas pasan.

— Pasan, sí.

Me observa un segundo más de lo necesario. Después vuelve a saludar y entra en el ascensor.

Me quedo parada mirando cómo se cierran las puertas.

Quizás estoy exagerando. Quizás tres muertes en un mes sea una coincidencia estadística, el tipo de cosa que ocurre en las UCIs y que se explica con curvas de riesgo y enfermedades previas. Quizás estoy cansada — siete años de guardia nocturna hacen que la cabeza vea patrones en todo.

Quizás.

Pero hay algo en la forma en que Daniel Vidal me miró al decir "estas cosas pasan" que quedó grabado detrás de mis ojos como una mancha.

Demasiado tranquilo.

Demasiado tranquilo.

—

Mi turno termina cerca de la medianoche.

Rafael me espera en el coche. Mi marido tiene ese hábito desde que empecé a trabajar en el turno nocturno, hace cuatro años: me recoge siempre que puede, independientemente de la hora. Él trabaja en el área administrativa del propio hospital — contratos, auditorías, hojas de costos —, así que nuestros horarios a veces coincidían de formas extrañas, y prefería esperar a dejarme coger un taxi.

Es uno de los gestos que siempre me han parecido bonitos en él.

Subo al coche. El interior huele al spray de manzanilla que usa en la ropa. Tiene la radio a volumen bajo, esa emisora que solo pone MPB de los años ochenta que a él le encanta y yo apenas tolero.

— ¿Noche difícil? — pregunta mientras arranca el motor.

— Ha muerto otro paciente de Vidal.

Rafael vacila un segundo antes de poner el coche en marcha.

— Eso pasa.

— Es el tercero en menos de un mes.

Silencio. Mira hacia delante, hacia las luces del hospital reflejadas en el asfalto mojado.

— ¿Conoces bien al Dr. Vidal? — pregunto.

— Lo suficiente. — Una pausa. — ¿Por qué lo preguntas?

— Tres muertes. Mismo médico. Mismo mes.

Rafael pasa la mano por el volante. Tarda un poco antes de responder — no mucho, solo lo suficiente para que yo me dé cuenta.

— En este hospital... — empieza. Se detiene. Vuelve a empezar. — En este hospital, nadie es exactamente lo que parece.

Me río. No porque sea gracioso — es exactamente el tipo de frase dramática que Rafael suelta a veces cuando está cansado y pensativo, esa tendencia a sonar más profundo de lo que pretende. Me reí porque me alivió, ese pequeño alivio idiota de escuchar algo que suena a exageración.

Era una exageración. Tenía que serlo.

Pero solo pasarían dos días antes de que empezara a descubrir cosas sobre ese hospital — sobre ese médico, sobre aquella mujer, sobre los sedantes que desaparecían de la farmacia, sobre las mentiras que estaban siendo construidas a mi alrededor desde mucho antes de que yo empezara a hacer preguntas.

Y sobre todo sobre mi propio marido.

Cosas que nunca debería haber descubierto.

Porque algunas verdades no liberan. Algunas verdades construyen la celda a tu alrededor, ladrillo a ladrillo, con tanta paciencia y precisión que solo te das cuenta cuando la puerta ya se ha cerrado.

Aquella noche, todavía no sabía que el tercer paciente muerto era solo el principio.

* * *

LAURA — DIARIO

Sé que está con alguien.

Hace tres meses que lo sé. Las señales son pequeñas — siempre lo son, con hombres como Daniel — pero después de ocho años de matrimonio aprendes a leer los silencios. La forma en que llega tarde y va directo a la ducha. Cómo el móvil siempre está boca abajo sobre la mesa del comedor. La ausencia de cualquier comentario sobre el trabajo, cuando antes hablaba horas.

Daniel Vidal es un hombre cuidadoso. Cirujano por formación, metódico por naturaleza. No comete errores por descuido. Los comete por arrogancia — la creencia de que yo nunca sería capaz de darme cuenta.

Pero yo me doy cuenta de todo.

Hoy fui al hospital. No tenía ningún motivo concreto — dije que quería comer con él, que pasaría cerca del mediodía. Una mentira pequeña. El motivo real era observar. Era ver si conseguía identificar con quién estaba, si trabajaba allí, si tenía cara.

Me quedé un rato en el pasillo cerca del ascensor.

Vi a su enfermera. Una mujer de unos treinta y tantos años, el pelo oscuro recogido en un moño bajo, esa mirada atenta de quien siempre está procesando más de lo que aparenta. Vi cómo lo miró cuando Daniel se acercó — con algo que no era admiración, pero tampoco era solo profesionalidad.

Sospecha. Era sospecha.

Curiosidad.

Nos cruzamos brevemente en el pasillo. Ella no me reconoció — ¿por qué iba a hacerlo? Soy solo la esposa del médico, la que aparece en los eventos de fin de año con sonrisa profesional y vestido adecuado. Invisible de una forma específica.

Observé sus ojos.

Está prestando atención a Daniel.

Eso puede ser útil. O puede ser un problema.

Todavía no lo sé.

* * *

CAPÍTULO 2

AMPOLLAS

LENA

No dormí bien.

No fue la muerte de Ricardo Matos lo que me mantuvo despierta — siete años en UCI ya me enseñaron a separar el trabajo del sueño, aunque sea de forma imperfecta, aunque a veces esa separación no sea más que una ilusión funcional. Lo que me mantuvo despierta fue algo más incómodo: la sensación persistente de que estaba dejando escapar algo que estaba ahí, delante de mí, esperando ser visto.

Tres muertes. Mismo médico. Mismo período. Protocolo correcto en los tres casos.

Me quedé tumbada en la oscuridad intentando convencerme de que era coincidencia. Intenté recordar otras coincidencias que había visto en el hospital — la semana en que tres pacientes distintos con condiciones similares murieron en días consecutivos, y la explicación era simplemente que había sido una semana difícil. La mala suerte existía. Las enfermedades empeoraban sin aviso. Las personas morían cuando no debían.

Todo eso lo sé.

Pero a las cinco de la mañana seguía mirando el techo, y la sensación no había desaparecido.

—

Volví al hospital con la excusa de siempre: cambio de turno. Había pedido un cambio de horario con una compañera la semana anterior, necesitaba firmar el papel en persona. Razón legítima. Nadie preguntaría.

La verdad es que quería revisar el stock de medicamentos.

Cuando todavía me faltaban unos cincuenta metros para la entrada del pasillo del área clínica, oí voces. Bajas, pero con esa tensión específica de quien intenta no ser escuchado y al mismo tiempo no consigue modular bien el volumen.

Reduje el paso instintivamente.

La jefa de enfermería estaba hablando con Henrique, el farmacéutico de guardia — un hombre callado, de gafas redondas y ese aire permanentemente preocupado de quien guarda demasiadas cosas en la cabeza.

— ...no cuadra con el stock — estaba diciendo Henrique. Su voz sonaba tensa, ese sonido de quien intenta mantener la compostura mientras relata algo que claramente le inquieta.

— ¿Cuánto falta? — preguntó la jefa.

— Ampollas. Sedantes de uso restringido y algunos analgésicos de alto control. Ya lo he revisado tres veces.

— ¿Cuándo fue el último recuento correcto?

Henrique dudó.

— En las últimas semanas. No consigo precisar exactamente cuándo empezó.

En las últimas semanas.

Seguí andando, despacio, fingiendo que miraba el móvil. El corazón latía un poco más rápido. Las últimas semanas era exactamente el período de las tres muertes.

La jefa hizo otra pregunta, más baja, y yo ya estaba demasiado lejos para oír la respuesta.

Entré en los vestuarios. Me puse la bata. Me recogí el pelo. Me quedé un momento mirando mi propio reflejo en el espejo encima del lavabo.

Estás exagerando, Lena. Los medicamentos desaparecen en los hospitales continuamente — robos de empleados, errores de recuento, registros mal hechos. Eso no significa nada.

El problema es que nunca se me ha dado bien convencerme de cosas en las que no creo.

—

En el control de enfermería, Marcos estaba en el ordenador cuando llegué. Levantó los ojos con esa sonrisa automática que tiene — la sonrisa de quien es sociable por costumbre más que por instinto.

— Qué pronto estás aquí.

— Cambio de turno — mentí, y la sonrisa salió con demasiada facilidad. Siete años de hospital también enseñan eso: fingir normalidad cuando estás prestando atención a todo.

— Suerte con la supervisora, hoy está de mal humor.

Me senté en la silla a su lado. Fingí revisar algunos historiales mientras observaba el entorno. Después, con el tono más casual que pude:

— ¿Has oído lo que están comentando?

— Depende de lo que estén comentando. — No levantó los ojos del ordenador.

— Sobre el stock de medicamentos. Dicen que falta algo.

El sonido del teclado se detuvo.

Fue por menos de dos segundos. Volvió a empezar enseguida, tecleando a la misma velocidad, pero esa pequeña pausa quedó en el aire entre nosotros como una nota desafinada.

— Siempre falta algo — dijo. — Así son los hospitales.

— Los sedantes de uso restringido no suelen faltar así.

— Ah, eso. — Un leve encogimiento de hombros. — He tenido guardias donde desaparecía el doble. Error de recuento, probablemente.

La respuesta fue automática y bien calibrada. La voz tenía el tono justo. El cuerpo seguía relajado.

Pero cuando miré su mano apoyada en el ratón, vi algo que no estaba la última vez que lo había visto.

Una tirita en el dedo índice. Pequeña, mal puesta, con el borde levantado por un lado — el tipo de tirita que te pones a toda prisa, solo, cuando no quieres llamar la atención.

Y conozco ese tipo de corte.

Fino, limpio, en el lado interior del dedo. El tipo que te haces cuando fuerzas una ampolla de cristal con poca habilidad o demasiada prisa.

— Voy a revisar los armarios — dije, y me levanté antes de que pudiera responder.

La sala de medicación estaba en medio del pasillo del área clínica. La puerta rara vez estaba cerrada en los turnos — cuestión de practicidad operativa, el tipo de decisión de seguridad que tiene sentido sobre el papel y que nadie cuestiona hasta que es demasiado tarde.

Entré. Encendí la luz. Fui directamente al armario de sedantes y analgésicos de control especial.

Miré las filas.

Organizadas. Etiquetadas. Aparentemente completas.

Pero había algo que necesitaba verificar: el libro de control.

Cogí el cuaderno de tapa dura donde quedaban registradas todas las extracciones — hora, dosis, nombre del paciente, firma del responsable. Cada entrada debía ser única y rastreable.

Fui pasando las páginas despacio.

Firmas. Horas. Dosis. Todo rellenado con bolígrafos distintos, caligrafías diferentes, el registro natural y un poco caótico de un servicio de veinticuatro horas con múltiples empleados.

Y entonces vi una línea que me hizo parar.

La firma. Sabía cómo firmaba Marcos — la había visto cientos de veces a lo largo de cuatro años. Era una firma compacta, letras pequeñas que parecían intentar ocupar menos espacio del necesario.

Esa firma se le parecía. Pero no era la misma.

Alguien había intentado imitar su caligrafía y se había acercado bastante. No lo suficiente para engañar a alguien que lo conocía bien. Pero sí lo suficiente para pasar en una revisión rápida.

Cerré el libro. Lo volví a poner en su sitio.

Fui hasta la puerta y me detuve.

Porque al fondo del pasillo, cerca del ascensor, había una mujer que nunca había visto antes.

Alta, el pelo pelirrojo recogido de una forma que parecía casual pero probablemente no lo era, un vestido claro que pertenecía claramente

al mundo de fuera de ese hospital. Estaba de espaldas a mí, mirando el aparcamiento por la ventana al fondo del pasillo.

Cuando se giró, despacio, como si notara que alguien la observaba, sus ojos encontraron los míos con una precisión que me sorprendió.

Verdes. Claros. Absolutamente tranquilos.

Caminó hacia mí.

— Usted es la enfermera del turno de noche — dijo cuando estuvo lo bastante cerca. No era una pregunta.

— Sí.

— Estaba en el cuarto cuando murió. — Tampoco era una pregunta. — Ricardo Matos.

Mi estómago se contrajo levemente.

— Estaba.

— ¿Cómo describiría su muerte?

La pregunta era extraña. Demasiado clínica, demasiado directa para alguien que no fuera médica o investigadora.

— Fue una parada cardíaca súbita — respondí con cuidado. — Respondimos al código, hicimos todo lo que era posible.

Me observó un momento, con esa calma de quien está evaluando, no solo escuchando.

— ¿Cree usted en las coincidencias, enfermera?

— A veces.

La sonrisa que apareció en su rostro fue pequeña y fría.

— Yo no. — Una pausa. — Mi marido es el Dr. Daniel Vidal.

Encajó de inmediato. Laura Vidal. La había visto en fotos de eventos del hospital — esposa modelo, la mujer elegante junto al médico respetado. Pero las fotos no capturaban esa cualidad específica que tenía en persona: la sensación de estar siendo evaluada por alguien que ya había llegado a una conclusión y solo estaba recogiendo confirmación.

— Lo siento por la situación — dije, que era la respuesta neutra más segura.

— No hace falta. — Cogió el móvil y tecleó algo rápidamente, sin mirar la pantalla. — A veces las personas mueren porque alguien quiere que mueran.

El pasillo pareció enfriarse.

— ¿Está insinuando algo concreto?

— No. — Guardó el móvil. — Solo estoy observando. Como usted.

Sonrió de nuevo — esa sonrisa que no llegaba a los ojos — y se alejó por el pasillo con ese andar deliberado de quien sabe que la están observando y no le importa.

Me quedé donde estaba unos segundos, intentando ordenar lo que acababa de ocurrir.

Entonces oí pasos rápidos detrás de mí.

Marcos.

Vino directo, demasiado rápido para ser casual.

— ¿Habló con usted?

— Habló.

— ¿Sobre qué?

— Coincidencias.

Se pasó la mano por la cara con un gesto que parecía genuinamente tenso — no la tensión forzada de quien quiere parecer preocupado, sino la tensión real de quien lo está.

— Esa mujer es peligrosa — dijo.

— ¿Por qué?

Miró a ambos lados del pasillo. Luego bajó la voz.

— Porque sabe más de lo que debería.

— ¿Sobre las muertes?

No respondió de inmediato. Se quedó mirando el suelo un segundo, luego levantó los ojos.

— ¿Confías en tu marido? — preguntó.

La pregunta llegó desde un ángulo que no esperaba. Llegó como un golpe suave pero certero.

— Claro que sí.

Marcos me observó unos segundos con una expresión que no conseguí descifrar del todo. Luego asintió despacio, como quien acaba de confirmar una sospecha que prefería no haber confirmado.

— Entonces espero que tengas razón — dijo.

Y se fue.

—

Aquella noche, Rafael me recogió a la hora de siempre.

Subimos al coche. La radio con la MPB de siempre. El olor a manzanilla de siempre.

Pero cuando llegamos a casa y él fue directo al baño — la ducha larga que se daba después de días de reuniones largas —, yo fui a la cocina y me quedé parada mirando la mesa.

Su móvil estaba ahí.

Nunca miré el móvil de mi marido. No por ingenuidad — por principio. Porque siempre creí que el matrimonio era, entre otras cosas, elegir no buscar lo que no quieres encontrar.

La pantalla se encendió sola con una notificación.

No lo toqué. Solo miré.

El nombre apareció por menos de tres segundos antes de que la pantalla volviera a apagarse.

LAURA

El corazón me dio un vuelco antes de que mi cabeza procesara lo que había visto.

Laura. La mujer del pasillo. La esposa de Daniel Vidal. La mujer que acababa de decirme que sabía más de lo que debería.

Me quedé mirando la pantalla apagada del móvil un largo momento.

Entonces Rafael salió del baño.

— ¿Estás bien? — preguntó, viendo mi cara.

— Sí — respondí. — Solo cansada.

Me besó en la frente y fue a la cocina a por agua.

Pasé por el pasillo hacia el dormitorio. Cuando llegué cerca de la puerta, me detuve.

Porque el olor que llegó hasta mí cuando él pasó — después de la ducha, después del jabón — era un olor que conocía.

Perfume. Dulce. Fuerte. Inconfundible.

El mismo perfume de Laura Vidal.

* * *

LAURA — DIARIO

Me llamó Rafael hoy.

Fiquei pensando, depois de desligar, en cuánto tiempo de una vida gasta una persona esperando ser vista por alguien que no tiene capacidad de ver.

Daniel no me vio en ocho años. No de la forma que importa. Me registraba — estaba ahí en la cena, estaba ahí en los eventos, estaba ahí cuando necesitaba a alguien que se asegurara de que la casa funcionara sin que él tuviera que pensar en ello. Pero registrar no es ver. Registrar es hacer inventario. Es la diferencia entre saber que existe una silla y notar que está desgastada por un lado porque es siempre el mismo lado que usas.

Yo estaba desgastada por un lado.

Él nunca lo notó.

Rafael Duarte. Administrativo del hospital. Casado con la enfermera Lena. ¿Cuánto tiempo lleva ella también desgastada por un lado sin que él se dé cuenta? Lo pregunto sin ironía — genuinamente me pregunto si lo sabe, si ya lo sabe, si está en esa etapa específica en la que todavía te convences de que lo que sientes es cansancio y no es.

Fui al hospital hoy. Necesitaba que Rafael entendiera que yo sabía. No dije nada directamente — nunca digo nada directamente. Pero entendió.

Las personas que cargan culpa son fáciles de leer.

Son fáciles de usar.

* * *

CAPÍTULO 3

EL ARMARIO CERRADO

LENA

Los hospitales nunca duermen del todo. Pero existen momentos de la madrugada en que el ruido cambia de calidad — el movimiento urgente de los turnos pico se transforma en algo más lento, más silencioso, como la respiración de alguien que duerme levemente.

Eran casi las tres de la mañana cuando oí el crujido.

Estaba en el control de enfermería revisando historiales, la taza de café frío a mi lado, cuando el sonido llegó desde la dirección de la sala de medicación. Pequeño. Nítido. El tipo de sonido que hace el cristal cuando se fuerza o cuando cede.

Me levanté despacio.

Marcos no estaba en el control. Había dicho que iba al baño diez minutos antes.

Caminé por el pasillo. Cada paso en el suelo de linóleo era una pequeña traición — el hospital en silencio convertía cualquier movimiento en algo audible — pero fui despacio de todos modos. La puerta de la sala de medicación estaba entreabierta, una franja de luz amarilla escapándose hacia el pasillo oscuro.

La empujé con suavidad.

Marcos estaba de espaldas a mí, inclinado sobre el armario de medicamentos abierto. Cuando la puerta se abrió, se giró rápido.

Demasiado rápido.

— Lena.

La voz salió normal. La sonrisa apareció en el lugar correcto. Pero había algo en su cuerpo — la forma en que los hombros se contrajeron antes de relajarse, el movimiento casi imperceptible de cerrar la mano derecha — que registré antes de que mi cabeza pudiera racionalizarlo.

— Me has asustado — dijo.

— Oí un ruido.

Levantó la mano derecha. Una tirita nueva, idéntica a la del día anterior pero en otro dedo — ahora en el corazón.

— Se me cayó una ampolla. — Una pequeña risa, la de quien se ríe de sí mismo. — Un corte tonto.

Miré el armario. Las filas parecían completas, como la última vez. Pero había algo diferente.

Avancé un paso.

Una caja en el tercer nivel estaba vacía.

Completamente vacía, en lugar de simplemente con el stock reducido. El tipo de vacío que ocurre cuando sacas todo de una vez.

Miré la etiqueta.

Midazolam. Benzodiacepina de uso restringido. Sedante potente, usado en procedimientos y control de crisis de ansiedad severa. En dosis elevadas, capaz de causar depresión respiratoria grave.

Capaz de matar, si se administra de forma incorrecta.

— Esta caja estaba llena ayer — dije.

Marcos cerró el armario con un clic.

— Debieron usarla en el turno anterior.

— ¿Toda la caja?

El silencio duró quizás dos segundos. Luego se encogió de hombros con esa ligereza ensayada que estaba empezando a reconocer.

— Ya sabes cómo es. Varios procedimientos a la vez, a veces el consumo sube.

Cogí el libro de control.

Fui pasando hasta la fecha de hoy.

Encontré las entradas para el Midazolam. Tres extracciones registradas en ese turno. Firmadas.

Dos con la caligrafía que reconocía. La tercera — la extracción más grande, correspondiente a casi toda la caja — estaba firmada con esa letra que ya había visto antes. Parecida a la de Marcos. Pero no era la suya.

Levanté los ojos.

Marcos me estaba observando.

— ¿Estás buscando algo? — preguntó.

La voz salió neutra. Pero los ojos estaban muy atentos.

— Estoy revisando — respondí. Cerré el libro. Lo volví a poner en su sitio. — Todo en orden.

Salí de la sala de medicación.

En el pasillo, me apoyé un segundo en la pared. Respiré hondo. La sensación que ese olor a desinfectante hospitalario crea — que

normalmente ni percibo, de tan habitual — de repente parecía asfixiante.

Caminé hasta la ventana del pasillo.

Fuera, el aparcamiento estaba vacío bajo las luces naranjas. Uno de los vigilantes circulaba sin prisa entre los coches. Todo normal. Todo absolutamente, inquietantemente normal.

Entonces vi a Laura Vidal.

Estaba parada cerca de la ventana del pasillo paralelo, al otro lado del ala, visible por el pasillo acristalado que conectaba los dos bloques. De frente al aparcamiento. Perfil perfecto, inmóvil, el pelo pelirrojo visible incluso con esa luz.

A las tres de la mañana.

En el hospital.

Sin ningún motivo aparente para estar allí.

Me quedé mirándola unos segundos. Entonces, como si notara la mirada, giró la cabeza y encontró la mía.

No se sorprendió. Solo asintió levemente, como quien reconoce a un aliado en una sala llena de enemigos.

Luego caminó por el pasillo acristalado y desapareció.

Volví al control de enfermería.

Pasé por el ala de hospitalización corta. Esa parte del hospital a la que apenas iba — pacientes en observación, la mayoría casos clínicos simples que necesitaban una noche antes del alta.

En el pasillo, dos técnicos empujaban una camilla.

Una mujer tumbada. Cubierta hasta el cuello con esa manta fina de hospital que no abriga a nadie bien. El rostro girado hacia un lado.

Pero el pelo.

Pelirrojo. Despeinado de una forma que parecía resultado de horas sobre una almohada, no de una elección.

El mayor de los técnicos levantó los ojos brevemente cuando pasé.

— Caída — dijo, sin que yo hubiera preguntado nada. — Planta cuatro. Observación rutinaria.

Asentí. Seguí andando.

La planta cuatro era la que menos frecuentaba — no era mi área, no era mi turno, y los pacientes de allí rara vez cruzaban con los de clínica general.

Pensé en Laura Vidal, en el pasillo acristalado tres minutos antes. Lo descarté. El hospital de madrugada creaba conexiones que el cerebro descansado deshacía con facilidad. Era el cansancio. Era el tipo de asociación que el turno nocturno producía cuando llevabas horas buscando patrones.

La noche continuó con ese silencio específico que ya no conseguía escuchar de la misma forma.

—

CAPÍTULO 4

LA DISCUSIÓN

LENA

Los hospitales son lugares donde las personas aprenden a fingir calma.

Los médicos lo aprenden antes que el resto. La calma clínica tiene una función — transmite seguridad a los pacientes y sus familias, mantiene al equipo funcionando en situaciones de crisis. Pero existe una diferencia específica entre la calma funcional y la calma que sirve de armadura para algo que está a punto de explotar.

Estaba aprendiendo a distinguir las dos.

A la mañana siguiente, llegando para el turno diurno que estaba cubriendo, oí voces mientras pasaba por el pasillo del área administrativa.

Altas. Tensas. Viniendo de la sala de reuniones médicas.

— ¡Esto ya ha pasado de la raya, Daniel!

Reconocí la voz del Dr. Eduardo Nogueira de inmediato — el cardiólogo que ocupaba dos peldaños más arriba en la jerarquía clínica del hospital, respetado, conocido por una franqueza a veces incómoda pero siempre honesta.

— Estás haciendo una acusación muy grave — respondió la otra voz. Baja. Controlada. Daniel Vidal.

— ¡Estoy haciendo la única acusación que tiene sentido! Tres pacientes tuyos muertos en menos de un mes, todos con afecciones tratables, todos sin historial de deterioro súbito —

— Pacientes graves.

— ¡Pacientes estables! He leído los historiales, Daniel. Todos entraron en ese cuarto sin indicación de riesgo elevado.

La puerta estaba entreabierta. Me detuve en el pasillo. No fue una decisión consciente — mis pies simplemente se pararon.

— ¿Sabes lo que estás insinuando? — La voz de Daniel había cambiado. Seguía controlada, pero había algo nuevo en ella. Una presión.

— Sé exactamente lo que estoy diciendo.

— Entonces sabe también lo que les ocurre a los médicos que hacen acusaciones sin evidencia sólida contra sus colegas.

Silencio.

— No me estás amenazando, espero — dijo Eduardo.

— Te estoy advirtiendo. Hay una diferencia.

La puerta se abrió de repente.

Me aparté rápidamente, pero no lo suficiente — Eduardo salió primero y me vio antes de que pudiera parecer casual. Su rostro estaba encendido, los ojos brillando con esa rabia específica de quien tiene razón y aun así está perdiendo un argumento.

Me vio y se paró un segundo.

— Lena.

— Doctor Eduardo.

Miró hacia atrás, hacia el interior de la sala. Daniel lo había seguido y estaba parado en el umbral de la puerta — hombros relajados, bata impecable, la expresión completamente compuesta de quien acaba de ganar un debate por puntos.

Los dos se miraron un momento.

— Esto no termina aquí — dijo Eduardo.

Daniel inclinó levemente la cabeza.

— Demuestra algo primero.

Eduardo salió por el pasillo. Daniel se quedó parado unos segundos, mirando hacia donde había ido. Luego volvió los ojos hacia mí.

— Enfermera Lena.

— Doctor Vidal.

Me observó con esa forma que tenía de mirar un segundo más de lo necesario.

— El doctor Eduardo es un buen médico — dijo, conversacional. — Pero a veces deja que la emoción nuble el juicio clínico.

— Puede ser — respondí, cuidadosamente neutra.

— Las coincidencias existen. Es importante recordarlo en nuestro trabajo. — Una pausa. — ¿No le parece?

— Depende de la coincidencia.

Algo cruzó por sus ojos — rápido, difícil de nombrar, pero estaba ahí.

— Que tenga un buen turno — dijo.

Y se fue.

Fui al control de enfermería. Marcos estaba allí, organizando materiales.

— ¿Has oído eso? — pregunté.

— Todo el hospital lo ha oído. — Soltó una pequeña risa. — Eduardo lleva días con fuego en los ojos. Cada muerte de Vidal es leña nueva.

— ¿Crees que tiene razón?

Marcos dejó las tijeras en la bandeja. Me miró.

— Creo que Eduardo siempre fue impulsivo. Y que Daniel siempre fue calculador. — Una pausa. — Esa combinación suele terminar mal para el impulsivo.

Antes de que pudiera responder, vi a alguien entrar en el pasillo por la puerta del fondo.

Laura Vidal.

Caminó con esa naturalidad de quien pertenece a cualquier lugar que decide frecuentar. Cuando vio al doctor Eduardo Nogueira parado más adelante, algo en su rostro cambió — no mucho, solo lo suficiente para que alguien que estaba prestando atención lo notara.

Se acercó a él. Empezaron a hablar.

La conversación parecía tranquila al principio. Pero algo cambió cuando Eduardo dio un paso adelante, la voz más alta:

— ¿Qué quieres de mí?

Laura respondió algo que no conseguí oír.

Eduardo retrocedió levemente.

— Estás loca — dijo, con el tono de alguien que acaba de escuchar algo que no esperaba.

Laura sonrió. El tipo de sonrisa que pones cuando has ganado un juego que el otro ni sabía que estaba jugando. Luego se giró y se fue.

Eduardo se quedó parado unos segundos, respirando pesado.

Marcos estaba a mi lado cuando me giré. Había presenciado la misma escena.

— ¿Lo ves? — dijo, en voz baja.

— ¿Qué?

— Esa mujer está moviendo los hilos.

— ¿Qué hilos?

Tardó un segundo.

— Todos.

* * *

LAURA — DIARIO

Eduardo Nogueira.

Existe un tipo específico de rabia que sienten las personas cuando alguien a quien admiran las decepciona. No es rabia simple — es rabia contaminada de duelo, mezclada con la vergüenza de haber creído en algo que no merecía crédito. Eduardo siente eso por Daniel desde hace mucho tiempo. Antes de saber nada. Lo sentía porque quería a Daniel de una manera que Daniel nunca correspondió de la forma adecuada.

Reconozco ese sentimiento.

Planté una semilla hoy. No necesité mucho — la semilla ya estaba ahí, esperando a alguien que supiera dónde regarla.

Va a crecer en la dirección equivocada. Va a empujar, confrontar, acusar — va a hacer todo lo que hace la gente cuando está enfadada y cree que el enfado es lo mismo que la evidencia.

Daniel seguirá siendo el sospechoso más obvio. Eduardo seguirá acumulando el tipo de furia que ciega.

Y yo seguiré siendo la esposa preocupada.

Nadie mira a la esposa. Nadie mira a la mujer que está fuera de la historia principal observando cómo ocurre todo.

La enfermera Lena también está fuera. También está observando. Me pregunto si se da cuenta de que las dos estamos en el mismo pasillo, mirando lo mismo, sin vernos la una a la otra.

* * *

CAPÍTULO 5

EL APARCAMIENTO

LENA

Existen dos tipos de conversaciones que ocurren en los hospitales.

Las que ocurren en los pasillos — registradas, presenciadas, filtradas por el protocolo y la jerarquía. Y las que ocurren en los aparcamientos, en los márgenes, donde las cámaras son pocas y el movimiento nocturno es suficientemente escaso para ofrecer privacidad.

Lo estaba descubriendo de la forma más incómoda posible.

Era casi medianoche cuando terminé el turno. El aire del aparcamiento estaba frío — ese frío húmedo de finales de marzo que atraviesa el abrigo y avisa de que el invierno todavía no ha terminado del todo. Las luces de sodio naranja lo pintaban todo con ese tono específico que hace que todo parezca al mismo tiempo muy claro y extrañamente irreal.

Rafael no estaba esperando.

Eso no era normal. En los cuatro años desde que empecé en el turno nocturno, había quizás una docena de veces en que no había podido venir — y en todas me había avisado antes.

Mandé un mensaje.

"Estoy saliendo."

Sin respuesta.

Me quedé parada cerca de la entrada cubierta, esperando. Volví a coger el teléfono para llamar cuando oí el sonido de un motor entrando en el aparcamiento.

No era el coche de Rafael.

Era un sedán negro. Lujoso. Que ya había visto aparcado ahí antes.

Laura Vidal aparcó lejos de la entrada. Apagó el motor. Pero no salió. Se quedó ahí, con el motor apagado, parada dentro del coche oscuro como alguien que espera algo.

Miré el móvil. Todavía sin respuesta.

Entonces oí otro motor.

El coche de Rafael entró por la cancela y aparcó dos plazas detrás del sedán negro. Salió despacio, miró rápidamente a su alrededor — esa mirada rápida de quien comprueba si le están observando — y caminó hacia el coche de Laura.

Ella abrió la puerta del copiloto.

Él entró.

Me quedé completamente inmóvil.

Mi mente hizo el trabajo rápido que hacen las mentes en situaciones así — construyó todas las explicaciones posibles en secuencia rápida. Trabajo. Algún asunto urgente del hospital. Una reunión inesperada. Algo que se había olvidado de contarme.

Todas las explicaciones razonables que existen cuando no quieres creer lo que ven tus ojos.

Entonces él se inclinó.

Y ella se inclinó también.

Y se besaron.

No fue rápido. No fue el tipo de cosa que puedes llamar malentendido o impulso.

Algo dentro de mí hizo un movimiento extraño — no exactamente dolor, o al menos no de inmediato. Primero fue esa especie de claridad fría que llega antes, esa extraña lucidez del "ah, entonces es esto".

Mis manos se movieron antes de que pensara.

Cogí el móvil. Abrí la cámara. Silencié el flash.

La imagen lo capturó todo con claridad: Rafael dentro del coche, Laura inclinada hacia él, la proximidad inconfundible. Una foto que no necesitaba pie de foto.

Me quedé mirándola unos segundos.

Luego el beso terminó. Se miraron un momento.

Pero entonces noté algo que no esperaba.

Rafael no parecía feliz.

Parecía tenso. El cuerpo rígido, los hombros levantados. Como alguien que está en medio de algo que no sabe cómo terminar.

Empezaron a hablar. No conseguía oír nada desde donde estaba, pero el lenguaje corporal era claro: aquello no era romántico. Era urgente. Quizás incluso de confrontación.

Rafael gesticuló. Laura respondió con esa calma suya, de esa forma que tenía de parecer siempre un paso por delante.

Al cabo de unos minutos, él salió del coche. Cerró la puerta. Caminó de vuelta a su propio coche sin mirar atrás.

Me escondí detrás de uno de los pilares de hormigón antes de que se girara.

Oí el motor de su coche arrancar. El chirrido de los neumáticos. Salió del aparcamiento.

Laura se quedó unos minutos más. Luego se fue también.

Me quedé sola en el aparcamiento vacío, el móvil todavía en la mano, la foto todavía en pantalla.

Miré la imagen mucho tiempo.

Pero lo que me perturbaba — además del beso en sí, además de la traición — era esa expresión en el rostro de Rafael. Esa tensión. Esa rigidez.

No parecía alguien que tenía una aventura.

Parecía alguien que estaba siendo presionado.

Mi móvil vibró.

Mensaje de Rafael.

"Llego tarde. Reunión larga. Vete a casa."

Miré el mensaje. Después la foto.

Y sentí que algo se rompía dentro de mí — no el corazón, exactamente. Algo más parecido a la confianza en el propio juicio. La sensación de que conoces a una persona.

Porque creía que conocía a Rafael.

Y ahora ya no sabía nada.

* * *

LAURA — DIARIO

Tengo un cuaderno nuevo.

Empecé a escribir porque alguien me dijo que ayudaba. No sé si lo creo, pero sigo de todos modos — que es lo que hago con la

mayoría de las cosas.

El problema con escribir es que tienes que decidir para quién escribes. Para uno mismo no tiene sentido — ya sabes todo lo que vas a escribir antes de escribirlo. Para otra persona significa que estás construyendo una versión de ti mismo, eligiendo qué mostrar, qué omitir, qué iluminar.

Yo elijo todo.

Es lo único que todavía consigo controlar.

Escribo sobre Daniel. Sobre ocho años. Sobre lo que significa existir tan completamente dentro de alguien que cuando miran dentro de ti y no ven nada — solo el reflejo de ellos mismos — empiezas a sospechar que quizás no hay nada.

Eso es lo que hacen, los hombres como Daniel. No con intención. Solo con esa negligencia específica de quien nunca ha necesitado aprender a ver.

Pero yo los veo.

Los veo a todos.

Y algún día alguien sabrá que los vi.

* * *

CAPÍTULO 6

LA MENTIRA

LENA

No dormí aquella noche.

Me quedé tumbada con el móvil en la mesita de noche y la foto abierta en pantalla, intentando descubrir qué era exactamente lo que estaba mirando. Porque había algo que no encajaba — no encajaba de la manera correcta para ser simplemente una traición.

Una traición la podía visualizar. Podía construir la narrativa: Rafael y Laura, alguna conexión que se me había escapado, algo que creció en los márgenes de lo que yo veía. Doloroso, pero comprensible. La estructura de una traición tiene su propia lógica.

Pero esa expresión en su rostro. Esa tensión.

A las seis de la mañana, Rafael estaba en la cocina tomando café. De espaldas a mí cuando entré, como si no hubiera oído que me había levantado.

— ¿Has dormido bien? — preguntó, cuando me oyó sentarme.

La pregunta era tan banal, tan perfectamente normal, que por un segundo me quedé simplemente mirándole.

— No mucho.

Se giró. Me miró. Debió de ver algo en mi cara porque frunció el ceño levemente.

— ¿Ha pasado algo?

Cogí el móvil que estaba en mi bolsillo. Abrí la foto. Lo puse sobre la mesa entre los dos.

Rafael miró.

El silencio que vino después duró quizás cinco segundos, pero parecía mucho más.

Cuando levantó los ojos hacia mí, había algo en su rostro que no esperaba. No era culpa exactamente. Era algo más parecido al agotamiento.

— Explícate — dije.

— No es lo que parece.

— Esa frase nunca le ha ayudado a nadie.

Dejó la taza en el fregadero. Se pasó la mano por la cara.

— Lena...

— ¿Besarte con la esposa de un médico en el aparcamiento del hospital no es lo que parece?

— Fue ella quien me besó.

— ¿Y entraste en su coche por qué?

Silencio.

— Dijo que necesitaba hablar conmigo. Sobre algo urgente del hospital.

— La conversación en el aparcamiento a medianoche.

— Sé que suena mal.

— Suena fatal.

Rafael se quedó mirando la mesa unos segundos. Cuando volvió a mirarme, había una decisión en su expresión — como alguien que ha elegido contar parte de la verdad y sabe que una parte no es todo.

— Laura cree que su marido está implicado en las muertes.

Eso me sorprendió.

— ¿Cree que Daniel está matando a sus propios pacientes?

— Eso cree.

— ¿Y vino a contártelo a ti?

— Cree que puedo ayudar. Tengo acceso a informes, registros, movimientos financieros — el tipo de cosas que ella no puede verificar sola.

— ¿Y el beso?

Cerró los ojos un segundo.

— Está intentando provocar a su marido. Que reaccione. — Una pausa. — Al menos eso es lo que dice.

— ¿Y tú lo crees?

— No sé qué creer.

Me quedé mirándole. Había detalles en la historia que tenían sentido — Laura como alguien que juega juegos complicados, que usa a las personas como piezas. La había visto en el hospital, había sentido esa cualidad calculada en ella.

Pero había algo que todavía no encajaba.

— ¿Por qué no me lo contaste? — pregunté.

— Porque eres enfermera del turno en el que murieron esos pacientes. — Una pausa larga. — Si esto es real, Lena — si alguien realmente está matando pacientes en ese hospital — entonces estás en medio de esto. Y no sabía cómo protegerte mientras todavía estaba intentando entender qué estaba pasando.

El silencio que vino después era diferente al anterior. Más pesado.

Entonces mi móvil vibró.

Mensaje. Número desconocido.

Lo abrí.

Era una foto.

Yo estaba en la sala de medicación. Tomada desde lejos, probablemente desde la puerta. Un ángulo que me mostraba claramente a mí frente al armario abierto, las manos en la posición de quien estaba revisando el contenido.

Debajo de la imagen, una línea:

> *Tú también tienes acceso a las drogas.*

Sentí que la sangre se enfriaba.

Rafael vio que mi expresión cambiaba y vino a mi lado. Miró la pantalla.

— ¿Quién ha enviado esto?

— Número desconocido.

Se quedó mirando el mensaje unos segundos. Luego habló con una voz que sonó distinta — más baja, más urgente.

— Lena. Esto no es bueno.

— Lo sé.

— Alguien te está vigilando.

— Lo sé.

Cogió el móvil de mi mano. Miró la foto más de cerca.

— ¿Cuándo entraste en esa sala?

— Hace dos días. Estaba revisando el stock.

— ¿Pero quién sabía que ibas a hacerlo?

La pregunta quedó suspendida entre nosotros.

Porque la respuesta más obvia era: nadie, no se lo había contado a nadie.

Pero la segunda respuesta más obvia — que me estaba resistiendo a formular con claridad — era: alguien que estaba ahí y prestó atención cuando entré en esa sala.

Alguien del hospital.

Alguien cercano.

* * *

LAURA — DIARIO

El enfermero Marcos se está convirtiendo en un problema.

Ha empezado a hacer preguntas. Es más inteligente de lo que parece — o más asustado, que a veces produce el mismo resultado.

Fui lo bastante directa hoy para que entendiera que continuar es la única dirección posible.

Marcos me quiere. O cree que me quiere — es difícil saber, con ciertos hombres, dónde termina el amor y empieza la necesidad de tener algo que parece exclusivo. Daniel también me quería así, al principio. La diferencia es que Daniel eventualmente dejó de necesitar la exclusividad, y cuando dejó de necesitarla, dejó de verme.

Marcos todavía necesita. Por ahora eso es útil.

Escribo esto y luego me quedo mirando la página un momento.

Hay algo incómodo en darme cuenta de que estoy haciendo con Marcos exactamente lo que Daniel hizo conmigo — usando la necesidad de alguien como moneda, tratando el afecto como un recurso que gestionar. La diferencia, me digo, es que yo soy consciente de lo que estoy haciendo.

No sé si eso me absuelve.

No sé si quiero ser absuelta.

* * *

CAPÍTULO 7

EL REGISTRO FALSO

LENA

Eran las 2:17 cuando el monitor de la habitación 318 empezó a pitar.

La alarma de saturación. No el sonido de emergencia absoluta — todavía no —, sino la alerta que significa que algo está empeorando más rápido de lo que debería.

Me levanté de inmediato.

El paciente estaba sudando cuando entré en el cuarto. Respiración corta, la saturación de oxígeno cayendo a los dígitos que no quieres ver. El nombre en el historial era Henrique Alves, sesenta y ocho años, ingresado dos días antes con neumonía bilateral respondiendo al tratamiento.

Paciente del Dr. Daniel Vidal.

Ajusté la mascarilla de oxígeno. Comprobé el acceso venoso. Llamé a Marcos.

— Saturación en caída libre — informé cuando entró.

Verificó el monitor. Frunció el ceño.

— Esto no estaba así hace una hora.

— Lo sé.

— ¿Qué se le administró en el último turno?

Cogí el historial.

Y me detuve.

Había una entrada que no había visto antes. Una extracción de Midazolam — la dosis registrada era alta para el contexto clínico de ese paciente. Firmada con el nombre de Marcos.

— Llama al médico — dije, mientras seguía mirando el papel.

Marcos llamó. Daniel Vidal llegó en menos de tres minutos, lo cual en sí mismo era extraño para la madrugada — normalmente solo estaba en el turno nocturno en casos de cirugía programada.

Eduardo Nogueira llegó justo detrás, lo cual era aún más extraño. Eduardo era cardiólogo, no tenía motivo para estar en ese cuarto.

— ¿Qué ha pasado? — preguntó Daniel.

— Caída súbita de saturación sin precipitante clínico obvio — respondí.

Daniel examinó al paciente. Ajustó la ventilación. Luego miró el historial.

— Preparen ventilación asistida.

Mientras Marcos cogía el equipo, Eduardo se quedó parado cerca de la puerta.

— Otro paciente tuyo en colapso — dijo.

Daniel no se giró.

— Ahora no, Eduardo.

— ¿Cuándo, entonces?

— Cuando tengas evidencias concretas, no solo una secuencia de hechos que has decidido interpretar de cierta manera.

— Quizás ya las tengo.

Ahora Daniel sí se giró.

Los dos se miraron un momento que parecía ocupar más espacio del que cabía en el cuarto.

Entonces el monitor se estabilizó. La saturación subió. El ritmo cardíaco volvió.

— Va a estar bien — dijo Daniel, quitándose los guantes.

— Por hoy — respondió Eduardo. Y salió.

Daniel se quedó mirando la puerta unos segundos. Luego se giró hacia mí.

— Enfermera Lena. — Una pausa. — ¿Quién administró la última medicación registrada?

Le mostré la entrada en el historial.

— Está registrado con el nombre de Marcos.

Marcos miró de inmediato.

— Yo no hice eso.

— Aquí está — dijo Daniel, cogiendo el historial.

— Yo no administré esa medicación. — La voz de Marcos era firme. — No entré en esta sala en los últimos tres turnos.

Daniel miró la firma.

— Se parece a tu caligrafía.

— Alguien la imitó.

El silencio que siguió era del tipo que ocupa espacio físico. Daniel cerró el historial.

— Entonces alguien entró en la sala de medicamentos con tu nombre. — Una pausa calculada. — Interesante.

Salió.

En el pasillo, Marcos estaba visiblemente afectado — no la agitación de alguien culpable intentando escabullirse, sino el shock más genuino de alguien que ha sido usado sin saberlo.

— Yo no administré eso — me dijo.

— Te creo.

— Pero nadie más me va a creer.

Tenía razón. Con el historial registrado con su nombre, con la caligrafía lo bastante parecida para pasar en un análisis rápido, Marcos se estaba convirtiendo en el sospechoso más conveniente.

— ¿Quién tenía motivo para usar tu nombre? — pregunté.

Se quedó mirando el suelo un momento.

— Alguien que sabía cómo firmo.

— Alguien del hospital.

— Sí.

— Alguien que estuvo en esa sala al mismo tiempo que tú.

Levantó los ojos.

Mi móvil vibró.

Nuevo mensaje del número desconocido.

Deja de meterte.

Debajo del texto, una foto. Yo, de nuevo. Esta vez en el pasillo, la cámara capturada desde dentro de una sala — a través de una ventana interior, probablemente de la sala de reuniones médicas.

Alguien que sabía que yo había pasado por ese pasillo antes.

Alguien que me conocía lo suficiente para saber mi rutina.

Le mostré a Marcos.

Miró. Se quedó mirando más tiempo del necesario.

Luego levantó los ojos hacia mí con una expresión que era en parte preocupación, en parte algo que no conseguía nombrar del todo.

— ¿Tienes idea de quién puede ser? — preguntó.

Le miré. La tirita en el dedo. La forma en que sus hombros estaban levemente tensos aunque el resto del cuerpo pareciera relajado.

— Todavía no — respondí.

Pero por primera vez me pregunté si la respuesta más obvia estaba delante de mí.

* * *

CAPÍTULO 8

LA MIRADA

LENA

A la mañana siguiente, el hospital parecía haber absorbido una nueva capa de tensión.

Los rumores se extendían con la velocidad específica de un entorno cerrado donde las personas trabajan en turnos largos y tienen poco que hacer salvo observarse unas a otras. Un paciente de Vidal en colapso de madrugada. Un registro con el nombre del enfermero que negaba haber administrado la medicación. El cardiólogo que había amenazado en voz alta con llevar el caso más lejos.

Oía fragmentos mientras circulaba.

"...otro de Vidal..."

"...Marcos dijo que no fue él, pero está registrado..."

"...Eduardo va a la dirección, dicen..."

Fui a buscar a Eduardo Nogueira cerca de la ventana del pasillo sur, donde solía quedarse cuando necesitaba un momento de distancia entre consultas. Estaba con el móvil en la mano, escribiendo y borrando, escribiendo de nuevo — el comportamiento de alguien que está redactando un mensaje y no sabe cómo empezarlo.

— Buenos días, doctor.

Levantó los ojos.

— Lena. — Una pausa. — ¿Estás bien?

La pregunta me sorprendió.

— Estoy bien. ¿Y usted?

— Depende del momento. — Guardó el móvil. — ¿Confías en Daniel Vidal?

La franqueza de la pregunta me hizo vacilar.

— Trabajo con él.

— No es eso lo que te he preguntado.

— No sé si confío en él.

Eduardo asintió, como si la respuesta confirmara algo.

— Has notado el patrón de las muertes.

— Lo he notado.

— Tres pacientes clínicamente estables. Mismo médico. Mismo intervalo. — Se detuvo. — No es coincidencia, Lena.

— Lo sé.

— ¿Entonces qué estás haciendo al respecto?

Antes de que pudiera responder, oí pasos en el pasillo. Los dos nos giramos al mismo tiempo.

Daniel Vidal.

Caminaba hacia nosotros con ese paso específico suyo — controlado, nunca apresurado, como si el pasillo entero existiera solo para acomodarle.

— Eduardo. — Se detuvo cerca de nosotros. — Enfermera Lena.

— Daniel — dijo Eduardo.

— ¿Todavía hablando de mí?

— Es difícil no hacerlo.

Daniel me miró. Una mirada prolongada, calculada. Luego volvió a Eduardo.

— Los hospitales tienen mucho espacio para el ruido. Las teorías sin evidencia son ruido.

— Los historiales falsificados también son evidencia — dijo Eduardo.

— Nada ha sido confirmado.

— Todavía.

Los dos se miraron. Había entre ellos esa especie de descarga estática que precede a los enfrentamientos mayores.

Daniel dio un pequeño paso hacia mí.

— Los hospitales son lugares curiosos, ¿no le parece, enfermera? — dijo. — Las personas entran aquí en sus momentos de mayor vulnerabilidad. Confían completamente en lo que no pueden verificar.

No respondí.

— A veces no salen. — Una pausa. — Eso es el trabajo. Es triste, pero es el trabajo.

Eduardo soltó una carcajada corta, sin humor.

— Tienes un sentido del humor extraño, Daniel.

A Daniel no le afectó el comentario. Me miró una última vez.

— Que tenga un buen turno, enfermera Lena.

Y se fue.

Eduardo me estuvo mirando un momento después de que Daniel desapareciera.

— ¿Siempre habla así? — pregunté.

— No. — Una pausa. — Está empezando a sentir la presión.

Entonces vi a Laura.

Había aparecido al fondo del pasillo mientras yo tenía los ojos en Daniel. Caminaba hacia nosotros con esa elegancia deliberada.

Cuando le vio a Eduardo, algo cambió en su postura — imperceptible para quien no estuviera prestando atención, pero yo estaba

prestando atención a todo ahora.

Eduardo también la vio.

Y su reacción fue más visible: el cuerpo se puso levemente rígido. Los ojos la siguieron con una atención que era más que cortesía.

Había algo entre ellos que todavía no conseguía nombrar del todo.

— Eduardo — dijo ella, al llegar.

— Laura. — Su voz era más suave que en las conversaciones con Daniel.

Ella me miró brevemente.

— Enfermera.

— Señora Vidal.

Volvió a mirar a Eduardo.

— ¿Podemos hablar?

— Por supuesto.

Se alejaron por el pasillo. Pero mientras caminaban, observé el perfil de Eduardo — la inclinación de la cabeza, la atención específica en los ojos — y tuve la sensación de estar viendo algo que él mismo no percibía del todo.

Eduardo Nogueira estaba enamorado de Laura Vidal.

Y esa información cambiaba todo lo que creía haber entendido sobre aquella situación.

* * *

CAPÍTULO 8-B

EL JARDÍN

LENA

A las cinco y veinte de la mañana estaba despierta y no había motivo para seguir intentando dormir.

Rafael se había dormido pronto, todavía cargando el peso específico de quien se acerca a una confesión que aún no ha ocurrido. Su respiración era regular al otro lado de la cama, y había algo casi doloroso en observar aquella tranquilidad temporal.

Me levanté. Cogí el abrigo. Salí.

El hospital quedaba a siete minutos a pie, lo cual era conveniente para alguien que necesitaba salir de casa a las 6h y absurdo para alguien que necesitaba distancia del hospital a las 5:20 de la mañana. Pero las calles a esa hora tenían una calidad específica que apreciaba — lo bastante vacías para que el ruido de los propios pasos pareciera voluminoso, lo bastante iluminadas para que la madrugada no pareciera completa.

Acabé en la entrada lateral del hospital sin haber decidido ir.

La garita de acceso del ala administrativa tenía el turno de siempre — un vigilante que me conocía de vista y abrió la cancela sin preguntar nada. Entré.

El pasillo lateral que daba al jardín interior estaba oscuro salvo por la luz de emergencia en el techo, ese azul verdoso que hace que todo parezca levemente submarino. Empujé la puerta de cristal.

El jardín era pequeño. Diseñado como espacio de descanso, rara vez usado — los médicos y enfermeros en sus descansos preferían el bar tres manzanas más adelante o la cafetería en la segunda planta. Había un banco de madera, una mesa redonda de hormigón, y un

rosal apoyado en la pared de ladrillo que tenía en ese momento tres rosas abiertas a la vez — el tipo de cosa que ocurre en invierno y que parece un error pero ocurre de todos modos.

Me senté en el banco.

La ventana del bloque contiguo era visible desde allí — un rectángulo de luz constante con una reja blanca pintada, el tipo de ventana que los bloques administrativos tenían en las salas de reuniones para dar ventilación pero mantener privacidad.

Me quedé mirando el rosal un momento.

Había algo en ese jardín que no conseguía articular — una cualidad de lugar que existe por necesidad y acaba siendo bonito por accidente, sin que nadie haya planeado que lo fuera.

A las seis y diez, me levanté.

Había un turno que empezar.

Salí del jardín sin mirar atrás.

* * *

CAPÍTULO 9

EL SILENCIO DESPUÉS DEL RUIDO

LENA

Los historiales desaparecieron el martes por la mañana.

No todos — solo uno. El de Ricardo Matos, el tercer paciente, el que había muerto primero aquella noche que lo inició todo.

Lo noté cuando fui a verificar las entradas para completar un informe de turno. El archivo físico estaba en el lugar equivocado — no en la carpeta del Dr. Vidal, donde debería estar, sino en la pila de "archivos generales" que quedaba en un estante aparte. Y cuando lo busqué en esa pila, no estaba.

Fui a ver a Marcos.

— El historial de Matos ha desaparecido.

Paró lo que estaba haciendo.

— ¿Dónde has buscado?

— En todos los lugares obvios.

Se quedó en silencio un segundo.

— El médico responsable puede habérselo llevado.

La misma conclusión a la que yo había llegado. La misma conclusión incómoda.

Eduardo Nogueira apareció en el control unos minutos después, con esa expresión de quien acaba de descubrir que le han adelantado.

— ¿Habéis visto a Daniel? — preguntó.

— No — respondió Marcos.

Eduardo se pasó la mano por la nuca.

— El historial de Ricardo Matos ha desaparecido.

— Acabamos de darnos cuenta también — dije.

Soltó una risa amarga.

— Qué coincidencia.

— Puede que el archivo haya sido movido —

— El archivo ha sido retirado. — Me cortó. — Alguien que no quería que los registros de ese paciente estuvieran disponibles para un análisis externo.

La palabra "retirado" quedó suspendida en el aire.

Entonces Daniel apareció en el pasillo.

Caminó hacia nosotros con esa expresión de quien ha llegado en el momento justo para una conversación que esperaba tener.

— Eduardo. ¿Me estabas buscando?

— El historial de Matos ha desaparecido.

— ¿En serio? — Una leve elevación de ceja. — Qué raro.

— Eras el médico responsable.

— Sí. Lo cual no significa nada más que eso.

— Y el archivo que podría incriminarte ha desaparecido convenientemente.

Daniel inclinó la cabeza.

— Incriminar. Palabra fuerte.

— Palabra adecuada.

Los dos se miraron. El pasillo se había quedado levemente más vacío a su alrededor — los demás empleados detectando la tensión y aumentando la distancia con ese instinto de autopreservación que todos tenemos en entornos cerrados.

— Demuestra algo antes de usar esa palabra — dijo Daniel, con una calma que sonaba como una amenaza envuelta en educación.

— Estoy demostrándolo. Paso a paso.

— Ten cuidado con los pasos que das.

Eduardo dio un paso adelante.

— ¿Me estás amenazando, Daniel?

— Te estoy aconsejando.

Más silencio. Más tensión.

Daniel finalmente se giró y se fue — tranquilo, controlado, sin prisa.

Eduardo se quedó mirando hacia donde había ido con esa mirada que estaba empezando a reconocer. No era solo rabia profesional.

Era personal.

Muy personal.

— ¿Qué hay exactamente entre vosotros? — pregunté, cuando nos quedamos solos en el control.

Eduardo se quedó en silencio un momento.

— Ocho años de competencia — dijo finalmente. — Fuimos residentes juntos. Él siempre fue más brillante técnicamente, yo siempre fui más... emocional, como le gusta decir. — Una pausa. — Y está lo de Laura.

— ¿Qué pasa con ella?

Me miró.

— Hace ocho años, cuando Daniel la conoció... yo también estaba interesado en ella.

La información encajó en algo que ya estaba sospechando.

— Y todavía lo estás.

No lo negó. Solo miró hacia otro lado.

— Cuando quieres a alguien durante tanto tiempo, resulta difícil separar lo que es preocupación por su bienestar de lo que es... otra cosa.

— ¿Y crees que Daniel es peligroso para ella?

Eduardo tardó un largo momento.

— Creo que Daniel es peligroso. Punto.

Aquella noche me fui antes de hora. Rafael no me recogió — había dicho que tenía una reunión en la sucursal de otra ciudad, uno de esos eventos de planificación anual que a veces se programaban con poca antelación.

Estaba en el aparcamiento cuando oí el ruido.

Voces, viniendo de un rincón más oscuro, cerca de una furgoneta de suministros aparcada de lado.

Me detuve.

Había dos hombres hablando allí. Demasiado tarde para ser una conversación de trabajo. En voz demasiado baja para ser una conversación casual.

Me acerqué despacio, usando la furgoneta como cobertura.

— ...ella lo sabe — dijo una voz. Marcos.

— ¿Qué sabe? — La otra voz tardé un segundo en identificar, pero la identifiqué. Dr. Eduardo Nogueira.

— Lo suficiente. Está investigando los medicamentos. Y hoy me ha mirado de una manera que —

— Tranquilo.

— No es momento de tranquilidad, Eduardo. Si llega a descubrir —

— No va a descubrir.

— No puedes estar seguro de eso.

Una pausa larga.

— ¿Qué me estás diciendo que estás dispuesto a hacer? — preguntó Eduardo.

— Que necesitamos hablar con ella. Directamente.

— ¿Con Laura?

— Sí.

— No le va a gustar.

— Rara vez le gusta nada que no sea idea suya.

Más silencio.

— Hablarás tú con ella — dijo Eduardo finalmente. — Yo no. Tú tienes la relación.

— ¿Qué relación? — La voz de Marcos sonó amarga. — Ella no tiene relación con nadie, Eduardo. Tiene instrumentos.

El silencio que vino después duró más.

Luego los dos se alejaron en direcciones opuestas.

Me quedé parada detrás de la furgoneta un momento, el corazón latiendo más rápido.

Marcos y Eduardo.

Los dos sabían lo que estaba pasando.

Y los dos estaban supeditados a Laura.

* * *

CAPÍTULO 9-B

LA SALA DE LECTURA

LENA

Había una sala de lectura en la segunda planta que solo descubrí en el tercer mes de trabajo en ese hospital.

No era exactamente secreta — aparecía en los mapas del piso, identificada con una pequeña placa al lado de la puerta. Pero era de esos espacios que existen en los hospitales grandes sin que la mayoría de la gente lo supiera: una sala larga, con dos filas de estantes bajos, butacas desgastadas dispuestas de forma irregular, y ventanas que daban al patio interior.

Iba allí en los descansos cuando necesitaba un silencio que no fuera el silencio de los pasillos clínicos — un silencio diferente, sin el fondo constante de alarmas y máquinas.

Aquella tarde, entré despacio.

Había alguien.

En el rincón más alejado, en una butaca de frente a la ventana, una mujer de pelo pelirrojo leyendo. Solo de espaldas, el pelo cayendo por el hombro derecho, los pies recogidos bajo el cuerpo con esa forma específica de quien está completamente absorta.

Fui hasta la segunda fila de estantes. Cogí el primer libro que encontró mi mano — una novela de tapa desgastada cuyo título leí sin procesar. Me senté en una butaca cerca de la puerta.

La mujer no se movió.

Me quedé veinte minutos allí. No leí una página.

Cuando salí, ella seguía en la misma posición, el libro abierto en el mismo ángulo, inmóvil como alguien que ha aprendido a hacer del silencio una forma de ocupar espacio.

No vi su rostro ni una vez.

* * *

PARTE DOS: EL PRECIPICIO

CAPÍTULO 10

EL BAR

LENA

Los hospitales se meten en la cabeza.

Incluso cuando estás fuera — en casa, durmiendo, intentando cenar —, una parte de tu mente sigue allí dentro. Sigue en los pasillos, en los cuartos, en los monitores. Sigue oyendo las alarmas aunque el único sonido a tu alrededor sea el silencio de tu propia sala.

Pero existen noches en que necesitas salir del hospital de una manera más física. No solo geográficamente — necesitas poner una capa de ruido y de otras personas entre tú y los pensamientos.

Aquel sábado, después de descubrir la conversación entre Marcos y Eduardo, no conseguía volver a casa. La casa era donde debería estar Rafael — pero Rafael estaba de viaje, y el apartamento vacío habría amplificado todo lo que intentaba acallar.

Entré en un bar dos manzanas después del hospital. Un sitio sencillo, luces amarillentas bajas, mesas de madera oscurecida por el tiempo, gente que claramente necesitaba un descanso.

Me senté en la barra. Pedí una cerveza. Me quedé mirando el vaso intentando no pensar en nada de forma organizada.

Iba por el segundo sorbo cuando vi a Laura Vidal.

Estaba en una mesa al fondo, levemente de espaldas a mí, inclinada sobre la mesa con una postura que reconocí de inmediato como deliberadamente íntima. Al otro lado de la mesa había un hombre que no reconocí — cuarenta y tantos años, camisa de vestir, pelo oscuro bien cortado, el tipo que parecía cómodo en cualquier ambiente que frecuentara.

Y la forma en que estaban posicionados — el codo de ella en la mesa, la inclinación de la cabeza, la proximidad que superaba el espacio cortés — me dijo que aquello no era una reunión de trabajo.

Confirmado cuando Laura se inclinó más y se besaron.

No fue discreto. No intentaba serlo.

Me quedé observando — no por voyeurismo, sino por esa fascinación incómoda de quien intenta entender a una persona que no entiende.

Entonces la puerta del bar se abrió.

Daniel Vidal.

Le vi antes de que él viera nada. Se quedó parado en la entrada un segundo, dejando que los ojos se acostumbraran a la luz baja. Y luego encontraron lo que probablemente buscaban: su mujer.

Caminó hacia la mesa con el mismo paso controlado de siempre. Pero había algo diferente — una tensión en los hombros que nunca

le había visto antes. Como si toda su estructura estuviera siendo sostenida erguida por un esfuerzo que normalmente era automático.

Laura le vio llegar. No se enderezó. No apartó los codos de la mesa.

— Daniel — dijo.

— Interesante — respondió él. La palabra salió fría, pulida como un arma.

El hombre de la mesa intentó levantarse.

— Quizás debería —

Daniel le empujó de vuelta a la silla. Sin violencia — pero con una firmeza que no dejaba dudas sobre lo que ocurriría si se contrariaba.

El bar se quedó en silencio a su alrededor. Ese silencio específico de cuando la gente deja de fingir que no está mirando.

— Me estás siguiendo — dijo Laura. No como acusación. Como si fuera un dato neutro.

— No. — Una pausa. — Pero me alegra la casualidad.

El hombre lo intentó de nuevo.

— Mira, creo que lo mejor sería que yo —

— Quédate sentado.

La voz de Daniel era baja pero absolutamente definitiva.

Laura se levantó.

— Para. — Puso la mano en el brazo de Daniel. — Estás haciendo una escena.

— Tú trajiste una escena dentro de mí. Solo estoy reaccionando.

Ella le miró con esos ojos verdes que estaba empezando a creer que nunca mostraban lo que ocurría dentro.

— ¿Crees que esto es por él?

— ¿No lo es?

— No.

El ruido de las sillas. El hombre se levantó de hecho ahora, poniendo distancia entre él y la situación con movimientos que intentaban ser discretos.

Daniel se giró hacia él una última vez.

— No vuelvas.

La palabra tenía el peso de una advertencia permanente.

El hombre salió.

Laura y Daniel se miraron. El bar había vuelto a su nivel normal de ruido, las otras mesas retomando deliberadamente sus propias conversaciones.

— Esto no va a terminar bien — dijo Daniel al fin, con una voz baja que sonaba peor, de alguna forma, que cuando hablaba alto.

— ¿Terminar cómo? — respondió Laura. — Ya ha terminado.

Se quedó mirándola unos segundos que parecían más largos de lo que eran.

Luego salió.

La puerta golpeó con más fuerza de la necesaria.

Laura se quedó parada. No se sentó. Solo se quedó allí de pie, con esa compostura perfecta que parecía nunca deshacerse. Luego miró

alrededor — recorriendo el bar con esa mirada evaluadora — y sus ojos pasaron por mí.

Se detuvieron.

Me vio. Me reconoció.

La sonrisa que apareció en su rostro fue pequeña y completamente inadecuada para la situación.

Pasó por mi taburete al salir.

— Enfermera — dijo, sin detenerse.

Me quedé mirando el vaso mucho tiempo.

Había algo en la escena que acababa de presenciar que me inquietaba más allá de lo obvio. No era solo los celos de Daniel o la frialdad de Laura. Era la forma en que ella había provocado aquella situación — la elección de hacer eso en un bar público, en un lugar donde sabía que podía ser vista.

No la habían pillado.

Se había mostrado.

Había una diferencia.

—

CAPÍTULO 10-B

LA MADRUGADA

LENA

Llegué a casa pasada la medianoche.

Rafael dormía. Entré sin encender la luz, dejé el abrigo en la oscuridad, fui a la cocina y me quedé parada frente a la nevera abierta un tiempo que probablemente fue más largo de lo que pareció.

No tenía hambre.

Cerré la nevera. Me senté en la silla de la cocina que está cerca de la ventana — la silla donde desayunaba las mañanas en que me despertaba antes que él, el único momento del día en que ese apartamento parecía completamente mío.

Me quedé mirando la calle.

Había una cosa específica que me inquietaba más allá de lo obvio. No era el beso — había visto a Rafael besarse con Laura semanas atrás, y ese impacto ya había pasado por mi cabeza hasta convertirse en algo más frío, más analítico. Ni siquiera era la muerte de Ricardo Matos, de la que seguía sin tener prueba concreta de nada más allá de la coincidencia.

Era Laura.

La forma en que se había quedado de pie cuando Daniel salió. Sin sentarse. Sin reaccionar. Solo quedándose allí de pie con esa postura de quien absorbe la situación entera y la registra para uso posterior.

Y luego recorriendo el bar con la mirada.

Y encontrando mi cara.

Y sonriendo.

Esa sonrisa no era de alguien a quien habían pillado. No era alivio, no era vergüenza, no era la expresión de alguien que acababa de sobrevivir a una escena difícil con su marido.

Era de reconocimiento.

Como si yo fuera parte de un cálculo que ella ya había hecho.

Fui al dormitorio a las dos de la mañana. Me tumbé. Me quedé mirando el techo hasta las cuatro, cuando el cielo empezó a clarear por el borde de la persiana.

Rafael respiraba con regularidad a mi lado.

No podía dejar de pensar en un detalle pequeño: cuando Laura había salido del bar, había pasado por mi taburete en la barra. Había dicho "enfermera" sin detenerse.

Sin sorpresa. Sin vacilación.

Como si supiera exactamente dónde estaba sentada durante toda la escena.

—

CAPÍTULO 11

EL HOMBRE DEL BAR

LENA

A la mañana siguiente estaba cubriendo el turno de mañana, la primera vez en semanas que trabajaba en un horario civilizado.

El código llegó de la habitación 305 a las ocho y once minutos.

Corrí.

Eduardo Nogueira ya estaba allí cuando llegué, con la bata todavía abierta como si hubiera salido de su propia consulta directo al código.

— ¡Compresiones! — gritó.

Hice el trabajo. Compresión, ritmo, desfibrilador. La danza mecánica que aprendes hasta que queda grabada en el músculo y la ejecutas sin pensar conscientemente.

Pero cuando el desfibrilador estuvo preparado y di un paso atrás esperando la descarga, miré el rostro del paciente por primera vez.

Y reconocí.

Era el hombre del bar.

El hombre que estaba con Laura. El hombre al que Daniel había amenazado la noche anterior.

La segunda descarga.

La tercera.

Eduardo miró el reloj.

— Hora del fallecimiento.

Me quedé parada mientras el equipo empezaba los procedimientos post mortem. Fui hasta Eduardo.

— ¿Este paciente era suyo? — pregunté.

— Sí. Ingresado ayer por la tarde para observación después de una arritmia. — Frunció el ceño. — Sin indicación alguna de riesgo agudo.

— ¿Sabe quién es?

— Henrique Saad. Empresario, cincuenta y un años —

— Le vi anoche — dije. — En un bar. Con Laura Vidal.

El silencio de Eduardo fue diferente a los otros silencios. Más pesado.

— ¿Cuándo?

— Tarde. Horas antes de que lo ingresaran.

— ¿Estaba Daniel?

— Llegó. Hubo... una escena.

Eduardo se quedó mirando al paciente muerto un largo momento.

— Estás diciendo que Daniel le vio con Laura. Y que a la mañana siguiente está muerto.

— Digo lo que vi. No estoy sacando conclusiones.

— Yo sí — dijo Eduardo.

Salió del cuarto a paso largo.

Me quedé parada mirando a Henrique Saad.

Dos días antes estaba en un bar con la mujer del médico. Hoy estaba muerto en el hospital donde ese médico trabajaba.

Del que desaparecían sedantes desde hacía semanas.

Donde desaparecían historiales.

Donde se falsificaban registros con el nombre de otro empleado.

Fui a la sala de medicación.

Abrí el historial de Henrique Saad. Verifiqué cada entrada.

Todo correcto. Todo documentado.

Pero había una entrada específica — una extracción de medicación de control especial en las últimas horas — registrada con la firma de Eduardo Nogueira.

Que había llegado al cuarto después de mí.

Que no había estado en la sala de medicación entre la entrada y la crisis.

Guardé esa información.

* * *

LAURA — DIARIO

Henrique murió.

El problema no era Henrique.

El problema era que Henrique era paciente de Eduardo, no de Daniel — lo que significa que Marcos actuó por cuenta propia, sin consultarme, expandiendo el patrón de una forma que no planeé y que ahora apunta en la dirección equivocada.

Marcos se está volviendo peligroso del tipo específico de peligroso que es difícil de manejar: el tipo que actúa por lealtad, no por cálculo. La lealtad es imprevisible. La lealtad no considera las consecuencias.

Vi a la enfermera Lena en el hospital hoy. De lejos — ella no me vio. Estaba en el pasillo del área clínica con esa expresión que reconozco en ella ahora, esa cualidad de quien está catalogando todo lo que ve sin parecer que lo cataloga.

Pensé: va a seguir.

Aunque construya todo perfectamente, aunque cada pieza encaje — va a seguir buscando porque es el tipo de persona que no puede parar cuando ha encontrado un hilo suelto. No por valentía. Por compulsión.

Yo era así.

Antes de aprender que ver el patrón entero no te protege de estar dentro de él.

* * *

CAPÍTULO 12

LA COMISARÍA

LENA

Existen cosas que sabes que tienes que hacer y sigues aplazando porque hacerlas significa que aquello es real. Como concertar una cita médica para un síntoma que estás ignorando. Como tener una conversación que va a cambiarlo todo.

Como ir a una comisaría.

Fui al día siguiente del cuarto 305.

El edificio de la comisaría estaba a seis manzanas del hospital — había pasado por delante decenas de veces sin entrar nunca. Tenía esa arquitectura específica de construcción pública de los años setenta: hormigón gris, ventanas pequeñas, la sensación de que el edificio entero estaba levemente cansado de existir.

El policía de recepción me llevó a una sala donde un hombre de unos cuarenta y cinco años — calvo, la corbata levemente aflojada, el bolígrafo que hacía girar entre los dedos con el automatismo de un hábito antiguo — me preguntó qué quería declarar.

Declarar.

La palabra sonaba extraña para lo que estaba a punto de hacer.

Empecé por lo más objetivo: las tres muertes. Los horarios. El patrón. Los historiales que no cuadraban. Los sedantes que desaparecían del stock.

El detective — dijo llamarse Ferreira — tomaba notas sin interrumpirme. Tenía esa forma de escuchar que aprendes a reconocer: atención real, no la atención forzada de quien está esperando la oportunidad de hablar.

— ¿Y qué la llevó a venir aquí ahora específicamente? — preguntó, cuando hice una pausa.

— El hombre que murió ayer. — Describí la escena del bar. Daniel. Laura. La amenaza velada. La muerte menos de veinticuatro horas después.

— ¿El señor Daniel Vidal estaba en el bar?

— Estaba. Soy testigo.

— ¿Presenció algún acto de violencia?

— Empujó al hombre a la silla. Le dijo que no volviera.

Ferreira tomó nota.

— ¿Hay algún motivo para sospechar de otros empleados además del Dr. Vidal?

Vacilé.

— Marcos — dije finalmente. — El enfermero. Hay algo irregular en sus registros. Cortes en el dedo compatibles con la apertura de ampollas de cristal. — Una pausa. — Y la esposa del médico. Laura Vidal. Siempre está en el hospital cuando no debería. Habla con la gente de una forma que parece... calculada.

El detective levantó los ojos de sus notas.

— ¿Está sugiriendo que la esposa del médico podría estar implicada?

— Digo que parece saber demasiado sobre lo que ocurre en ese hospital para ser solo una esposa preocupada.

Ferreira cerró el cuaderno.

— Lo investigaremos. — Una pausa. — Pero entienda que, por ahora, lo que tiene son sospechas. No evidencias.

— Lo entiendo.

— Si aparece algo más concreto, vuelva aquí.

Salí de la comisaría con esa sensación de quien ha cumplido con una obligación pero no está seguro de que haya servido para algo.

El aparcamiento del hospital estaba a dos manzanas. Necesitaba volver a por el coche que había dejado allí antes.

Cuando entré en el aparcamiento, vi el coche de inmediato.

El sedán negro de Laura.

Aparcado cerca de la salida, con alguien dentro.

Me acerqué despacio.

Cuando llegué lo bastante cerca, vi quién estaba con ella.

Marcos.

Estaba inclinado hacia ella, la voz tensa en un volumen que no conseguía oír desde donde estaba. Laura mantenía esa postura de siempre — espalda recta, completamente compuesta.

Marcos parecía estar suplicando algo.

Laura escuchaba sin moverse.

Luego dijo algo breve.

Marcos se quedó inmóvil un momento.

Luego asintió — ese movimiento de cabeza de quien acaba de aceptar algo que no quería aceptar.

Salí del aparcamiento sin que ninguno de los dos me viera.

—

CAPÍTULO 12-B

LA CUARTA PLANTA

LENA

Cogí el ascensor equivocado.

Pasa en los hospitales grandes — estás pensando en otra cosa, pulsas el botón automático, y cuando las puertas se abren el pasillo no es el que esperabas.

La cuarta planta olía diferente a las demás. Más silenciosa. Las luces levemente más cálidas, ese tono amarillo que los hospitales usan en las alas donde el objetivo no es la eficiencia clínica sino algo más cercano al confort.

Las placas en las puertas eran distintas también. Sin números de habitación. Nombres de salas: SALA DE TERAPIA INDIVIDUAL. SALA DE GRUPO A. SALA DE GRUPO B. TRIAJE.

Iba hacia las escaleras cuando oí abrirse una puerta.

Dr. Daniel Vidal.

Salió de una sala al fondo del pasillo con un historial bajo el brazo y esa postura de siempre — hombros relajados, paso controlado. Cuando me vio, se detuvo un segundo.

— Enfermera Lena.

— Doctor. — Vacilé. — Me equivoqué de ascensor.

— Pasa.

Llevaba una identificación distinta a la habitual — no la de clínica general, sino una de color azul oscuro que no había visto antes. El nombre del ala estaba impreso debajo del número.

— ¿También trabaja aquí? — pregunté, sin poder contenerme.

— Supervisión. — Una pausa muy breve. — Los jueves.

Lo dijo con la misma calma con que decía todo. Como si fuera información completamente banal.

— Las escaleras están por allí — dijo, indicando con la cabeza.

— Gracias.

Me fui. Pero en el pasillo de la tercera planta, esperando el ascensor, me quedé pensando en la brevedad de la respuesta.

Supervisión. Los jueves.

Demasiado corta para ser una explicación. Demasiado larga para ser casual.

Lo descarté. Tenía otras cosas en que pensar.

* * *

CAPÍTULO 13

LA MUJER PERFECTA

LENA

Tomé la decisión que sabía que era una estupidez y la tomé de todos modos.

Fui a seguir a Laura.

No por una tarde entera — empecé con una hora, que se extendió a tres porque no pude parar. Hay una lógica perversa en vigilar a alguien a quien sientes que entiendes menos de lo que deberías: cada fragmento de información que recoges parece confirmar que necesitas recoger más.

Fue primero a una peluquería en el centro. Una hora dentro. Salió con el pelo pelirrojo todavía más perfecto — el tipo de trabajo que parece natural pero no lo es, el tipo que cuesta.

Luego un restaurante. Uno de esos sitios con mesas en la acera cuyas cartas no tienen precios impresos. Se sentó sola. Pidió el almuerzo. Se quedó con el móvil en la mano pero no parecía usarlo — estaba observando el entorno.

Me senté en una mesa más alejada, con unas gafas de sol que normalmente no usaba.

Había algo fascinante y perturbador en observar a Laura Vidal en un contexto completamente neutro. Sin el hospital. Sin Daniel. Sin ninguno de los hombres que orbitaban a su alrededor.

Existía de la misma forma. Completamente intacta.

Las personas a su alrededor reaccionaban de una forma que empecé a catalogar mentalmente. Dos hombres en mesas separadas la miraron más de una vez. Un camarero de unos veintitantos años se puso visiblemente nervioso al acercarse a tomar nota. Una mujer en la mesa de al lado hizo el tipo de comentario discreto a su acompañante que no necesitas oír para entender.

Laura percibía todo eso. Estaba segura de que lo percibía. Pero había en ella esa cualidad de quien está acostumbrado a ser

observado y hace tiempo dejó de actuar para la mirada ajena. Era así incluso cuando creía que no la observaban.

Eso lo hacía todo más perturbador, no menos.

Porque significaba que no era afectación.

Era quien era.

Cerca del final del almuerzo, un hombre se detuvo en su mesa. Bien vestido, sesenta y tantos años, el tipo que imaginas salido de una reunión de consejo. Dijo algo. Ella respondió con una sonrisa que transformó su rostro en algo que parecía gratitud.

Él se fue.

Ella sacó el móvil y tecleó algo.

Luego miró brevemente hacia mi mesa.

Me moví levemente detrás de la carta.

Pero cuando la bajé, ya miraba hacia otro lado.

Salió del restaurante con veinte minutos de antelación respecto a lo que esperaba. Entró en el coche. Condujo de vuelta al hospital.

Me quedé sentada en la mesa cinco minutos más.

La pregunta que no me abandonaba no era "¿quién es Laura Vidal?".

Era "¿qué quiere?".

Porque había algo que estaba empezando a entender sobre ella: Laura no hacía nada por impulso ni por emoción. Cada movimiento suyo parecía parte de algo mayor. Cada conversación parecía tener un objetivo que yo solo conseguía ver parcialmente.

Daniel estaba siendo investigado.

Eduardo estaba siendo manipulado.

Marcos estaba siendo usado.

Y Rafael — mi marido — estaba en algún lugar dentro de todo eso.

La pregunta era: ¿cuál era el centro? ¿Cuál era el objetivo final?

Y la respuesta más obvia — la que estaba evitando — era:

Laura no intentaba descubrir al culpable.

Laura estaba construyendo uno.

* * *

LAURA — DIARIO

Ella me siguió hoy.

Me quedé en el restaurante más tiempo del que pretendía. Pedí postre que no quería. La observé observarme — la forma en que me miraba con esa atención que ella probablemente no se da cuenta de que es visible, esa cualidad de quien está construyendo una teoría en tiempo real.

Existe un tipo específico de soledad que viene de ser la persona más atenta en un lugar. Ves lo que los demás no ven. Catalogas, conectas, reconoces patrones antes de que se vuelvan evidentes. Y luego te quedas con todo eso — porque ¿a quién se lo cuentas? ¿Quién le cree a alguien que dice que vio algo que nadie más ha visto todavía?

Lena Duarte carga con eso. Lo vi cuando me miró en el bar, lo vi cuando pasó por la camilla en el pasillo sin detenerse pero los ojos sí fueron. Sabe algo. Todavía no sabe qué.

He pensado en las historias como lugares donde pones lo que no consigues cargar. Construyes una narrativa alrededor del dolor, y la narrativa sostiene el peso que no aguantas sola.

Llevo meses escribiendo en este cuaderno.

A veces me pregunto qué pasaría si alguien lo encontrara. Si alguien leyera cada página y creyera cada palabra.

Qué historia construiría esa persona.

* * *

CAPÍTULO 14

LOS INTERROGATORIOS

LENA

La policía volvió al hospital el viernes por la mañana.

Dos detectives. El Ferreira que ya conocía y un compañero más joven, con el traje más nuevo y el aire de quien todavía intenta descubrir qué versión de sí mismo funciona bien en este trabajo.

Instalaron la base en la sala administrativa y empezaron a llamar a los empleados uno a uno. La noticia se extendió por el hospital con esa velocidad que solo existe en entornos cerrados: todo el mundo lo sabía antes de cualquier comunicado oficial.

Daniel Vidal fue el primero.

Estuvo dentro veintidós minutos — los conté, observando desde el control de enfermería. Cuando salió, el rostro estaba levemente más cerrado de lo normal, pero nada que un extraño identificaría como diferente. Ese nivel de control era constante en él.

Marcos fue llamado a continuación.

Estuvo treinta y ocho minutos.

Cuando volvió al control, estaba pálido de una forma que el control no conseguía disimular.

— ¿Cómo ha ido? — pregunté.

— Preguntas sobre dónde estaba, con quién estaba, qué vi. — Se pasó la mano por la cara. — Preguntaron por las entradas de medicación con mi nombre.

— ¿Qué dijiste?

— La verdad. Que no hice esas entradas.

— ¿Y te creyeron?

Me miró con una expresión que no conseguí leer del todo.

— Dijeron que lo investigarían. — Una pausa. — ¿Les hablaste de la conversación en el aparcamiento? ¿De Eduardo y yo?

El estómago se me contrajo levemente.

— No — respondí.

No era del todo mentira. Había mencionado a Marcos como sospechoso potencial en mi conversación anterior con Ferreira. Pero no había descrito la escena específica que había presenciado.

Marcos me observó un segundo.

— Lena... — Empezó y se detuvo. — Tienes que tener cuidado con lo que les cuentas.

— ¿Por qué?

— Porque a veces la historia que parece tener más sentido no es la historia correcta.

Antes de que pudiera preguntarle qué quería decir, el detective joven apareció en el control.

— ¿Enfermera Lena Duarte?

— Soy yo.

— ¿Puede venir conmigo, por favor?

—

Ferreira estaba sentado a un lado de una mesa pequeña. Había una grabadora discreta en el rincón.

— Le agradecemos que viniera antes — empezó. — Esta declaración va a ser más formal.

— Entendido.

— Queremos entender mejor el patrón de las muertes. Usted fue la primera en notarlo, ¿correcto?

— Sí.

— ¿Cómo fue eso?

Lo conté. La muerte de Ricardo Matos. La sensación que no desaparecía. El descubrimiento de las entradas inconsistentes en el libro de control. Los sedantes que desaparecían.

Ferreira escuchó sin interrumpir. Luego:

— Usted mencionó a Laura Vidal como persona de interés.

— Mencioné que parecía estar en el hospital con una frecuencia anormal.

— ¿Llegó a tener conversaciones directas con ella?

— Algunas.

— ¿Sobre qué?

— Preguntó sobre las muertes. Hizo comentarios que parecían indicar que ya sabía más de lo que decía.

— También mencionó al enfermero Marcos como sospechoso potencial.

— Noté irregularidades que apuntaban a él.

— ¿Y su marido? Rafael Duarte.

La pregunta llegó sin aviso.

— ¿Mi marido?

— Trabaja en la administración del hospital, ¿correcto?

— Correcto.

— ¿Sabe si tenía contacto con alguno de los implicados? Daniel Vidal, Eduardo Nogueira, Marcos —

— Con el doctor Vidal y Eduardo, probablemente. El trabajo administrativo cruza con todos los sectores médicos.

— ¿Y con Laura Vidal?

El corazón me latió levemente más rápido.

No había mencionado a Rafael y Laura juntos cuando fui a la comisaría anteriormente. Solo había mencionado a Rafael como empleado.

— Como dije, todo el trabajo administrativo —

— Fue visto en compañía de ella. — Ferreira dio la vuelta a una foto sobre la mesa.

Era una foto de seguridad. Cámara del aparcamiento, noche, ángulo alto. Rafael y Laura en el coche.

Mi fotografía era más cercana, más clara. Pero la de ellos también existía.

— ¿Lo sabía?

Una pausa muy pequeña.

— Sabía que se conocían.

— ¿Conocía la naturaleza de la relación?

Otra pausa.

— No del todo.

Ferreira hizo más notas.

— Una última cosa, por ahora. — Abrió una carpeta. — Encontramos algunas fotos en el sistema de cámaras internas del hospital. Usted fue fotografiada en la sala de medicación en varias ocasiones fuera del horario de su turno.

— Estaba revisando el stock —

— Sin otros miembros del equipo presentes.

— Trabajaba con Marcos —

— En al menos dos ocasiones estaba sola en la sala, en horarios de madrugada. — Puso las fotos sobre la mesa. — ¿Puede explicarlo?

Miré las fotos.

Eran imágenes de las cámaras internas del hospital. Yo, claramente, en la sala de medicación. Sola. En horarios que — descontextualizados — parecían exactamente lo que no eran.

— Estaba investigando —

— Investigando.

— Sí. Verificando los registros, comparando —

— Por su cuenta. Sin comunicarlo a sus superiores ni a las autoridades.

— Sí se lo comuniqué a las autoridades. Vine aquí —

— Después. — Una pausa. — Pero antes de venir, pasó semanas recogiendo información. Con acceso directo a los medicamentos. Fotografiando a otros empleados sin su conocimiento.

Fui mirando a Ferreira mientras hablaba, y una sensación muy incómoda empezó a crecer en mi estómago.

— Le estoy ayudando a investigar —

— O nos está proporcionando exactamente la narrativa que quiere que creamos. — Ferreira no lo dijo de forma acusatoria. Lo dijo de forma completamente neutra, lo cual era de alguna manera peor. — No estamos sacando conclusiones todavía. Pero necesito que entienda que, desde el punto de vista de las evidencias disponibles, usted también aparece como persona de interés.

Salí de la sala de reuniones con las piernas levemente menos estables de cuando había entrado.

Me detuve en el baño. Me miré en el espejo.

La persona que me devolvía la mirada parecía cansada. Más mayor. Con esa expresión específica de quien está siendo acorralado y todavía no entiende del todo cómo.

Los pensamientos empezaron a organizarse de una forma nueva.

Las fotos en la sala de medicación. Los sedantes desaparecidos. Los historiales falsificados con nombres de otras personas. Los mensajes anónimos que me avisaban de que parara.

Alguien estaba construyendo un caso.

Contra mí.

—

LAURA — DIARIO

Me llamó Rafael hoy.

Yo sabía que llamaría. Los hombres como Rafael cargan con la culpa como si fuera un volumen físico que acaba siendo demasiado pesado — no porque sean buenos, sino porque necesitan la absolución más de lo que necesitan el silencio.

Pensé hoy en su matrimonio. Ocho años también, casi — tiempo suficiente para que una persona se convierta en decorado. Para que sepas exactamente cómo mueve los cubiertos, cómo cambia la respiración cuando miente, el ángulo específico de la cabeza cuando evita un tema. Para que lo sepas todo sobre él y te des cuenta, un día, de que él no sabe nada sobre ti.

Ella lo sabía. Lo vi en la forma en que le observaba en el aparcamiento — no con rabia, sino con ese reconocimiento frío de quien ha llegado a una conclusión que estaba evitando.

Las pruebas que he construido contra ella son sólidas porque son todas verdaderas.

Es fácil construir un caso contra alguien cuando su vida ya se estaba desmoronando antes de que tú llegaras.

Había algo en su rostro aquella noche en el aparcamiento — después de que Rafael salió del coche, cuando se quedó sola con el móvil en la mano. No era rabia. Era el tipo de expresión que aparece cuando alguien termina de confirmar algo que ya sabía y por fin deja de fingir que no lo sabía.

Conozco esa expresión.

Es la expresión que yo tenía cuando encontré los mensajes en el móvil de Daniel.

Necesito un movimiento más.

* * *

CAPÍTULO 15

LAS NOCHES

LENA

Rafael volvió del viaje el jueves.

Estaba despierta cuando llegó, sentada en el salón con la luz baja y el libro que había intentado leer sin leer realmente ninguna página. Eran las once y cuarenta y seis de la noche.

— ¿No has dormido? — dijo, dejando la maleta cerca de la puerta.

— Esperando.

Me miró un segundo. Luego fue a la cocina a por agua.

Me quedé observando sus movimientos por el apartamento. Había algo diferente — una tensión nueva que cargaba, un tipo diferente de cansancio que no era solo viaje.

— ¿Cómo ha ido? — pregunté.

— Lo de siempre. Reuniones. Hojas de cálculo. — Se sentó en el sofá al otro lado de la mesa de centro. — ¿Pasó algo en el hospital mientras estaba fuera?

— Volvió la policía.

Me miró.

— ¿Y?

— Hablaron con Daniel, con Marcos. — Una pausa. — Conmigo.

— ¿Qué te preguntaron?

— Varias cosas. — Pausa deliberada. — Preguntaron por ti.

Silencio.

— ¿Por mí?

— Por tu relación con Laura Vidal.

Algo cruzó por su rostro — rápido, difícil de nombrar, pero lo vi. Luego volvió a esa neutralidad.

— Lena...

— Vi una foto de los dos. Las cámaras del aparcamiento también lo captaron.

— Es complicado —

— Eso es lo que dijiste la otra vez. — Mantuve la voz tranquila. — Necesito más que "es complicado".

Se quedó mirando las manos un largo momento.

— Dijiste que tenías una aventura — continué. — Dijiste que era con alguien del hospital. Pero no quisiste decir quién.

Se quedó mirando las manos.

— Rafael.

— Es complicado.

— Deja de usar esa palabra.

Silencio largo. El tipo de silencio que no está vacío — está lleno de algo que la persona está sopesando, intentando encontrar la versión menos destructiva de decir.

— No es Laura — dijo finalmente.

— Ya sé que no es Laura.

Levantó los ojos.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque le tenías miedo. En el aparcamiento, estabas tenso. No es así como estás con alguien a quien quieres.

Rafael me miró un momento. Luego giró la cabeza hacia la ventana.

— Daniel — dijo.

La palabra llegó tan baja que por un segundo creí que no había entendido.

— ¿Qué?

— Mi aventura era con Daniel. Hace seis meses.

Lo escuché. Lo procesé. El apartamento pareció cambiar de temperatura.

— Daniel Vidal. El médico.

— Sí.

— Al que están investigando por las muertes de sus propios pacientes.

— Sí.

Me quedé en silencio. Había muchas cosas que podrían venir después, y ninguna era sencilla.

— Y Laura — dije, despacio. — Se enteró.

No era pregunta. Lo veía en su cara.

Asintió.

— Hace tres meses. Y no fue a destruirme directamente. Fue a usarme.

— ¿Cómo?

— Dijo que lo contaría todo si no seguía cerca de Daniel. Manteniéndole, informándole de lo que decía.

— ¿Y las muertes? — pregunté. — ¿Lo sabías?

— Al principio no. — Su voz se fue apagando. — Cuando ocurrió la primera, creí que era coincidencia. Cuando ocurrió la segunda, ya no lo creía. Pero estaba demasiado metido para salir sin destruirlo todo.

— Así que te quedaste callado mientras moría gente.

No desvió la mirada.

— Sí.

El silencio que vino después tenía un peso específico. No era solo rabia — era el peso de alguien a quien creías conocer revelando una versión de sí mismo que había tomado decisiones que tú nunca habrías tomado.

— Tienes que ir a la policía. Hoy. — Mantuve la voz firme. — No mañana. Esta noche.

— Lena...

— Porque si Laura se da cuenta de que hablaste conmigo antes de hablar con ellos, actuará primero.

Me miró con esa expresión de quien quiere discutir y sabe que no tiene argumento.

— Tú también tienes que ir — dijo. — Acceso a los medicamentos, cámaras que te pillan en la sala de medicación, motivo. Ella lo ha construido con cuidado.

— Sé lo que ha construido.

Había mucho más que tendría que decirse en otros momentos. Pero ese no era el momento.

— Lena. — Dijo mi nombre con ese peso. — Sé que no tengo derecho a pedir nada.

— No lo tienes.

— Pero necesito que sepas que me arrepiento.

Me quedé mirándole un largo momento.

Luego fui al dormitorio.

Necesitaba pensar.

* * *

CAPÍTULO 16

LA MUERTE DE EDUARDO

LENA

Eduardo Nogueira fue encontrado en el aparcamiento el lunes por la mañana.

Oí la noticia todavía en el pasillo cuando llegaba para el turno — dos enfermeras hablando cerca de la entrada, la voz baja de esa manera específica que indica que la información es seria y reciente.

— Un médico — oí.

— Eduardo Nogueira.

Me detuve.

— ¿Cómo?

Se giraron.

— Le encontraron cerca de su coche. De madrugada. — La mayor de las dos bajó más la voz. — Todavía no se sabe. Pero...

— Pero no estaba bien — completó la otra.

Seguí caminando por el pasillo como si mi cuerpo supiera adónde ir antes de que mi cabeza decidiera.

La entrada del aparcamiento estaba bloqueada. Dos policías. Una zona delimitada por cinta amarilla alrededor de un coche específico — pude ver la bata gris de alguien tumbado al lado del vehículo, pero no el rostro.

Rafael apareció a mi lado de repente — había llegado pronto ese día.

— ¿Lo has visto? — dijo en voz baja.

— Acabo de oírlo.

— Ya han llamado a la comisaría.

Miré la escena una vez más. Luego a Rafael.

— ¿Cómo lo sabías antes que yo?

— Llegué pronto. Vi cuando los vigilantes lo encontraron.

Fui a ver a Ferreira cuando llegó, cuarenta minutos después.

— Es el mismo médico que tenía conflictos con Daniel Vidal — dije.

— Lo sabemos — respondió Ferreira. — Y sabemos lo del incidente en el bar.

— Estaba investigando. Creía que Vidal estaba implicado en las muertes.

— Está registrado. — Una pausa. — ¿Tuvo algún contacto reciente con él?

— Hablamos algunas veces sobre las sospechas.

— Sobre Daniel Vidal.

— Sí.

— ¿Y sabía de sus interacciones con Laura Vidal?

— Sospechaba que había algo.

Ferreira me miró un momento.

— Gracias, enfermera. Puede que necesitemos contactarla más tarde.

Volví al interior del hospital con esa sensación de que el suelo estaba levemente inclinado.

Eduardo estaba muerto.

Eduardo, que había sido el único en levantar la voz contra Daniel abiertamente. Eduardo, que había estado investigando por su cuenta. Eduardo, que había sido manipulado por los sentimientos que tenía por Laura.

Y que había sido eliminado cuando dejó de ser útil.

En el pasillo cerca del control de enfermería, vi algo que me hizo parar.

Daniel Vidal.

Estaba solo cerca de la ventana del fondo, mirando hacia fuera con esa postura que había visto cientos de veces. Pero había algo diferente en cómo estaba parado.

Parecía... más pequeño. Como si algo que normalmente sostenía la postura hubiera cedido.

Me acerqué.

— Doctor.

Se giró despacio.

— Lena.

La voz era diferente. Menos controlada.

— ¿Se ha enterado?

— Sí.

Nos quedamos en silencio un momento.

— Eduardo era... un hombre difícil — dijo Daniel, finalmente. — Pero era honesto. No le caía bien. Pero era honesto.

Había algo en el tono que sonaba genuino de una forma que no esperaba.

— ¿Está bien?

Volvió a mirar por la ventana.

— No. — Una pausa larga. — He estado pensando... en las muertes. En las sospechas. En todo lo que ha ocurrido en este hospital en los últimos meses.

Esperé.

— Y en mi matrimonio. — Se quedó mirando el aparcamiento. — Sé lo que es Laura. Hace años que lo sé. Pero una cosa es saberlo y otra cosa es... actuar en consecuencia.

— ¿Qué sabe de ella?

Se quedó en silencio un momento muy largo.

— Sé que nunca perdona. Y sé que cuando decide que alguien va a sufrir, es muy, muy metódica.

— ¿Cree que está implicada en las muertes?

No respondió de inmediato.

— Creo — dijo finalmente — que soy el sospechoso perfecto para una historia que no escribí yo.

—

CAPÍTULO 17

MARCOS MUERE

LENA

Marcos fue al aparcamiento a las once y treinta y siete de la noche.

Sé la hora exacta porque fue directamente desde el control de enfermería — dijo que había olvidado algo en el coche —, y yo estaba mirando el reloj cuando salió porque estaba calculando cuánto faltaba para el fin de mi turno.

Pasaron quince minutos.

Luego veinte.

Marcos no volvió.

Seguí organizando medicamentos sin prestar atención real a lo que hacía, la parte que monitoriza el entorno de forma pasiva registrando su ausencia sin que mi cabeza consciente hubiera llegado todavía a la conclusión.

A los treinta minutos, cuando oí pasos rápidos en el pasillo viniendo desde la dirección de la entrada, ya lo sabía.

La enfermera que apareció en el control estaba pálida.

— Han encontrado a alguien en el aparcamiento.

Fuimos corriendo.

La zona del aparcamiento cerca de la salida estaba iluminada por los focos de seguridad, dos vigilantes y un médico de guardia agachados junto a un coche. Me acerqué antes de que nadie pudiera detenerme.

Era Marcos.

Tumbado de lado, la bata abierta, el rostro vuelto hacia arriba. El médico estaba verificando el pulso con ese gesto que lo dice todo antes de cualquier palabra.

Del suelo, cerca de la mano derecha de Marcos, había una ampolla rota.

Midazolam.

Me quedé parada mirándole un momento que pareció más largo de lo que fue.

Marcos, que tenía cortes en los dedos. Que tenía firmas copiadas con su nombre. Que estaba usando los medicamentos para algo que ahora entendía. Que había dicho "tienes que tener cuidado con lo

que les cuentas" como si supiera que me estaban tendiendo una trampa.

Marcos, que era un instrumento.

Y que había sido descartado cuando dejó de ser útil.

El médico a su lado levantó los ojos hacia el vigilante.

— Llama a la policía.

Me aparté del grupo. Fui al banco de jardín cerca de la entrada y me senté.

Mi cabeza estaba haciendo ese trabajo acelerado e ineficiente que hace en los momentos de shock: intentando construir orden a partir de demasiadas piezas al mismo tiempo.

Marcos estaba muerto.

Eduardo estaba muerto.

Tres pacientes estaban muertos.

Y los únicos que sabían la historia completa — al menos una versión de ella — éramos Rafael y yo.

Cogí el móvil.

Llamé a Rafael.

Descolgó al segundo tono.

— Marcos está muerto — dije.

Silencio.

— Dios — dijo.

— Está eliminando los cabos sueltos.

— Lo sé.

— Rafael, tienes que ir a la policía ahora. No mañana.

— Iré. — Una pausa. — Pero Lena... tú también estás en peligro.

— Lo sé.

— Va a hacer que parezcas culpable. Tú y yo. Va a decir que Rafael y Lena, el matrimonio, conspiraron —

— Rafael. Para. — Respiré hondo. — Sé lo que está construyendo. Pero la única forma de pararlo es contar la verdad. Todo. Incluida la aventura con Daniel.

Silencio más largo.

— Me estás pidiendo que destruya —

— Te estoy pidiendo que pares de dejar que mueran personas por miedo a las consecuencias.

El silencio que vino después fue diferente.

— Está bien — dijo finalmente. — Mañana por la mañana.

Colgué.

Me quedé en el banco unos minutos más.

Entonces me di cuenta de que había alguien mirándome desde el otro lado del aparcamiento.

Laura.

Estaba en el coche, motor apagado, exactamente como había estado la noche en que la vi por primera vez allí. Y me miraba con una expresión completamente serena.

No se apartó. No se movió. Solo me miró.

Por un largo momento.

Luego arrancó el coche y se fue.

* * *

LAURA — DIARIO

Marcos está muerto.

Me pesa más de lo que esperaba.

No es afecto — no me mentía a mí misma sobre lo que sentía. Pero hay algo en el hecho de que va a morir sin saber completamente lo que hizo, sin entender el contorno entero de la historia en la que estaba. Será investigado como cómplice. Parecerá que actuó solo, o que fue manipulado por Daniel, o cualquier versión que el detective consiga construir con lo que tenga.

Nadie va a saber que fui yo.

Me quedo pensando en eso más de lo que debería. No es miedo — es otra cosa. Es la extrañeza de haber construido algo tan preciso, tan cuidadosamente diseñado durante tanto tiempo, y saber que la arquitectura va a seguir siendo invisible. Que la única versión que va a existir es la versión que apunta a otros.

Ese era el objetivo. Lo sé.

Pero hay una parte pequeña, que no consigo silenciar del todo, que quiere que alguien sepa.

Que quiere que la historia sea mía.

Pienso en esto mientras miro las páginas escritas. La letra se hace más pequeña en los tramos donde escribo rápido — siempre ha sido así, desde niña, la letra se encoge cuando la mano no puede seguir lo que la cabeza quiere sacar fuera. Hay páginas aquí donde la letra

se ha hecho tan pequeña que tengo que inclinar el cuaderno hacia la luz para poder leer.

Son las páginas que más importan.

Rafael es el siguiente. Después de eso el caso se cierra solo.

Tengo que dejar de escribir y empezar a actuar.

* * *

LAURA — DIARIO (SIN FECHA)

A veces no sé dónde estoy.

No de la forma en que estás pensando. Sé la dirección. Sé el día de la semana cuando lo compruebo. Sé el nombre de las personas que me rodean, los papeles que desempeñan, lo que debo decir en cada situación.

Pero existe un espacio entre lo que sé y lo que siento como real.

Ayer me desperté sin saber por un segundo completo si había hecho lo que creo que hice o si lo había leído en algún sitio. La diferencia, a veces, parece menor de lo que debería parecer.

Pienso mucho en un pasillo. No consigo decir con certeza qué pasillo. Blanco. Con ese olor específico de un lugar que usa desinfectante en exceso para cubrir otro olor.

He escrito mucho. Creo que he escrito demasiado. El cuaderno ya está casi lleno y no recuerdo haber escrito la mayoría de las páginas. Leo la letra y reconozco la letra. Leo las frases y no reconozco las frases.

Pero eso es normal.

Eso debe ser normal.

A veces creo que alguien sabe más sobre lo que ocurrió que yo.

Eso debería perturbarme más de lo que me perturba.

* * *

CAPÍTULO 18

EL SILENCIO DE LA CASA

LENA

Volví a casa a la mañana siguiente después de un turno del que apenas recuerdo haber terminado.

Rafael no estaba.

Eso fue lo primero que noté — las llaves de su coche no estaban en el gancho, el abrigo no estaba colgado. La casa tenía ese silencio de vacío reciente, no de ausencia.

Mandé un mensaje.

"¿Dónde estás?"

Sin respuesta.

Intenté llamar.

Buzón de voz.

Fui a la cocina. Hice café. Me quedé mirando la calle por la ventana mientras lo bebía.

A las diez de la mañana, todavía sin respuesta.

Fui al hospital. Pregunté en administración si Rafael había llegado.

— Hoy no ha venido — dijo la secretaria. — Nadie avisó.

Rafael nunca faltaba sin avisar. En seis años de matrimonio, había dos ocasiones en que había faltado al trabajo sin aviso previo — una cuando su padre había sido hospitalizado de urgencia, una cuando él mismo había caído enfermo de forma repentina.

Llamé a la comisaría.

Ferreira cogió el teléfono.

— Rafael no aparece desde anoche — dije. — No está en casa, no ha venido al trabajo, no responde.

— Lo verificaremos — dijo Ferreira. Su voz era profesional pero había algo detrás que era más urgente que el profesionalismo.

Pasé las horas siguientes en el hospital, completamente incapaz de trabajar pero sin ningún sitio mejor donde estar. Las personas pasaban por el pasillo con ese ritmo normal que de repente parecía completamente ajeno.

El teléfono sonó a las dos de la tarde.

Ferreira.

— Hemos encontrado a su marido.

El corazón me dio un vuelco.

— ¿Dónde?

— En el hospital. En una habitación de aislamiento. — Una pausa. — Está vivo, pero en estado crítico.

Corrí.

Rafael estaba en la UCI. Conectado a monitores, la piel con esa palidez amarillenta de alguien que ha sufrido una sobredosis.

El médico me recibió en el pasillo.

— Midazolam — dijo. — Concentración muy elevada.

— ¿Cómo?

— Todavía lo estamos investigando.

— ¿Dónde... dónde lo encontraron?

— En la zona de aparcamiento interior. Al parecer llegó pronto, antes de que empezara el turno, y entró por una entrada de servicio.

Entré en el cuarto.

Rafael estaba inconsciente, la respiración monitorizada, las manos inertes a los lados del cuerpo.

Me senté junto a la cama. Le cogí la mano.

— Rafael. — Mi voz salió débil. — Tienes que despertar.

Sin respuesta.

— Sé lo que ha pasado. O al menos lo suficiente. Pero necesito que despiertes para poder hacer lo que tiene que hacerse.

Los monitores siguieron con el ritmo regular de máquinas que no saben el peso de lo que están midiendo.

Dos pensamientos pugnaban por espacio en mi cabeza.

El primero: ¿había intentado Rafael hacerse algo a sí mismo? La culpa, la presión, el miedo a las consecuencias que había cargado meses —

El segundo: o alguien se lo había hecho a él antes de que llegara a la policía.

Miré su mano en la mía.

Y luego miré por la ventana del cuarto.

Al otro lado del cristal, en el pasillo, había una figura parada.

Laura.

Me miró un segundo muy largo.

Luego se giró y se fue.

* * *

PARTE TRES: LA CÁMARA CERRADA

CAPÍTULO 19

EL ÚLTIMO DÍA DE DANIEL

LENA

Daniel Vidal fue encontrado en el aparcamiento del hospital el martes, dos días después de que Rafael ingresara en la UCI.

Esta vez no necesité ir hasta allí para saberlo. La noticia llegó al control de enfermería con la velocidad que solo tienen los hechos completamente inesperados — no la velocidad del rumor que se extiende gradualmente, sino la velocidad del shock, que parece instantánea porque las personas que lo oyen se quedan tan paradas que parecen transmitir sin moverse.

Fui de todos modos.

Daniel estaba al lado de su propio coche, caído de lado como había caído Marcos, con esa inmovilidad específica que reconoces de

inmediato cuando llevas años aprendiendo a distinguir los estados del cuerpo.

La piel del color que había aprendido a asociar con sedante en concentración alta.

Llegó un equipo de emergencias. Intentaron reanimarlo. El médico que coordinó el intento era joven — un residente al que había visto pocas veces — y había algo en su cara, en el momento en que miró el reloj y dijo la hora, que me recordó a la noche en que Ricardo Matos había muerto.

El primero.

Ahora el quinto.

Fui al interior del hospital. Fui directamente a la sala de reuniones médicas. Me senté en una silla. Me quedé sola un momento.

Pensé.

Rafael en la UCI. Estado crítico. Midazolam.

Eduardo muerto. Aparcamiento. Midazolam.

Marcos muerto. Aparcamiento. Midazolam.

Daniel muerto. Aparcamiento. Midazolam.

Y antes que todos ellos: tres pacientes. Midazolam. Todos del sector de Daniel.

El fármaco que desaparecía del armario.

El fármaco que había aparecido en casa de Laura cuando fue ingresada.

El fármaco que era el hilo que lo conectaba todo.

Y al que yo tenía más acceso que ninguna otra persona en ese hospital — porque las cámaras me habían registrado múltiples veces en la sala de medicación, sola, en horarios irregulares.

Ferreira llegó al hospital dos horas después.

Le encontré en el pasillo administrativo antes de que él me encontrara a mí.

— Necesito hablar contigo — dije.

— Yo también necesito hablar contigo — respondió.

Y por el tono, entendí que no estábamos en el mismo lado de la conversación.

—

CAPÍTULO 20

LAS ESPOSAS

LENA

La sala de interrogatorio tenía exactamente el tamaño que necesita un espacio para no ser una celda y aun así hacerte sentir acorralado.

Ferreira puso la carpeta sobre la mesa. La abrió. Empezó a organizar fotos.

— Hablemos de lo que tenemos — dijo.

Yo escuchaba, pero una parte de mí hacía otra cosa: intentaba encontrar el ángulo. La parte que faltaba. La pieza que Laura había colocado y que todavía no había visto.

Porque sabía que había una pieza que no había visto.

— La señora fue fotografiada en la sala de medicación en ocho ocasiones distintas en los últimos dos meses. — Ferreira puso las fotos sobre la mesa. — En cinco de ellas, sin otros empleados presentes.

— Estaba revisando —

— En horarios irregulares. Fuera de su turno habitual.

— Estaba investigando las irregularidades —

— Sola, sin comunicarlo a sus superiores, sin protocolo formal.

Cada punto que hacía era técnicamente verdadero.

— Los sedantes que desaparecieron del stock — la señora tiene acceso directo. Más acceso que la mayoría de los empleados, porque su turno coincide con los turnos donde los recuentos de control son menos frecuentes.

Verdad.

— La señora tuvo contacto directo con cada una de las víctimas. Eduardo Nogueira, con quien hablaba regularmente sobre las sospechas. Marcos, su compañero de turno. Daniel Vidal, el médico con quien trabajó.

Verdad.

— La señora tiene motivo. — Puso la foto del aparcamiento sobre la mesa. Rafael y Laura, claramente. — El matrimonio destruyéndose. La traición que descubrió. Los celos.

Verdad.

— Y la señora fue, por su cuenta, construyendo un archivo de sospechas sobre múltiples personas — sacando fotos sin consentimiento, haciendo una investigación paralela a la oficial.

Verdad.

Cada cosa que dijo era verdad.

Y el conjunto formaba una imagen completamente falsa.

— Necesito contarte algo — dije.

Ferreira se quedó en silencio.

— Existe una versión de esta historia que estás construyendo que es completamente coherente. Lo entiendo. Cada pieza que tienes encaja en esa versión. — Una pausa. — Pero existe otra versión. Y las mismas piezas encajan en esa otra versión también. Solo que esa otra versión tiene una persona diferente en el centro.

— Tiene dos minutos.

Empecé por Laura. Todo lo que sabía — la presencia constante en el hospital, las conversaciones calculadas, la forma en que había aparecido en los momentos precisos, lo que Rafael me había contado sobre el chantaje.

Ferreira escuchó.

— Está diciendo que la esposa del médico muerto asesinó a cinco personas, incluido su propio marido, y construyó las evidencias para incriminarla a usted.

— Digo que es la única persona que tenía acceso, motivo y la capacidad de construir esta narrativa de forma tan metódica.

— Acceso, ¿cómo?

— Marcos. Él era el instrumento. Le manipuló durante meses. Él robaba los medicamentos, ella los administraba. Los registros con su nombre eran para protegerla.

— Marcos está muerto.

— Porque se estaba volviendo peligroso. Empezó a hablar con Eduardo. Lo eliminó antes de que pudiera hablar con alguien de

fuera.

— ¿Y Daniel Vidal?

— El sospechoso perfecto. Cuando la investigación empezó a apuntar hacia él, necesitó eliminar la narrativa alternativa — la versión en que él era inocente. Matándolo, cerró la posibilidad de que él contara su propia versión.

— ¿Y Eduardo?

— Estaba investigando por su cuenta. Y estaba demasiado cerca de la verdad.

Ferreira guardó silencio un momento.

— ¿Tiene alguna prueba de esto?

— Rafael puede confirmar el chantaje —

— Su marido está en estado crítico. Difícilmente estará disponible para declarar en las próximas horas.

Algo se contrajo dentro de mí.

— Si muere —

— Si su marido muere — Ferreira me miró —, la situación se complica aún más para usted, no menos.

Cerró la carpeta.

— Lena Duarte. Queda detenida como sospechosa de homicidio. Permanecerá bajo custodia durante la investigación.

Las esposas estaban frías en mi muñeca.

No tanto como el pensamiento que acompañó el sonido del clic: Rafael estaba en la UCI. Si moría allí, Laura ganaba completamente.

Pero mientras me levantaban de la silla, un detalle surgió en mi mente.

Un detalle pequeño.

La conversación en el aparcamiento que había presenciado semanas atrás. Marcos y Eduardo hablando junto a una furgoneta. Marcos diciendo: "ella no tiene relación con nadie, Eduardo. Tiene instrumentos."

Eduardo respondiendo: "hablarás tú con ella. Yo no. Tú tienes la relación."

Una conversación que había guardado y no había compartido completamente con Ferreira porque había parecido solo contexto.

Pero había algo más en ella que no había procesado del todo hasta ahora.

Porque Eduardo había dicho "tú tienes la relación" de una forma que implicaba que él mismo no la tenía.

Eduardo no era cercano a Laura.

Eduardo estaba enamorado de ella. Pero no era cercano.

Lo que significaba: Eduardo había estado investigando a Daniel por su cuenta — genuinamente investigando, sin saber de Laura, sin saber del plan completo.

Y había una persona en el hospital que sabía eso.

Que había presenciado las conversaciones de Eduardo. Que había visto a Eduardo acercarse demasiado.

Que había actuado antes de que Eduardo pudiera completar la investigación.

Fui a la celda con ese pensamiento girando en mi cabeza.

—

CAPÍTULO 21

LA CELDA

LENA

La celda tenía paredes de hormigón pintadas de blanco — el color que intenta disimular el hormigón y no lo consigue. Una ventana pequeña, alta, con reja. Un banco largo de cemento. Una puerta de metal.

Me senté en el banco.

No intenté dormir. Mi cabeza no estaba en un estado que permitiera descanso.

Empecé de nuevo. Desde el principio.

La primera muerte: Ricardo Matos. Paciente de Daniel. Protocolo correcto. Nada irregular registrado. Murió de parada cardíaca.

La segunda y tercera muertes: el mismo patrón.

El sedante desapareciendo.

Marcos con cortes en los dedos — siempre los cortes de quien abre ampollas con prisa.

La foto anónima que me mandaron. "Tú también tienes acceso a las drogas."

¿Quién mandó esa foto?

Había asumido que era Laura — como alerta, como aviso de que me estaban observando. Pero ¿y si no era Laura?

¿Quién más tendría interés en avisarme?

Alguien que sabía lo que estaba ocurriendo. Alguien lo bastante cerca para fotografiarme dentro del hospital. Alguien que conocía el patrón de los medicamentos.

Marcos.

La idea llegó con tanta claridad que me quedé completamente inmóvil un momento.

Marcos había mandado la foto.

No para amenazarme.

Para avisarme.

Para decirme: mira, alguien sabe que estuviste en esa sala. Mira, estás expuesta. Mira, ten cuidado.

Porque Marcos, a pesar de todo, sabía que yo estaba investigando las muertes de buena fe. Y sabía que me estaban configurando como sospechosa.

Volví a la conversación en el aparcamiento con Eduardo.

"Ella no tiene relación con nadie, Eduardo. Tiene instrumentos."

Marcos describía a Laura. Pero había algo más allá de la descripción — había resentimiento. Había el sufrimiento de alguien que había despertado del hechizo.

Marcos había empezado a alejarse del plan.

Por eso lo había eliminado.

Y antes de ser eliminado, había intentado avisarme de la única forma que podía sin comprometerse del todo.

El pensamiento siguiente llegó de inmediato:

Si había mensajes anónimos que Marcos me había mandado, esos mensajes existían en los registros de su teléfono.

Que la policía había recogido.

Que Ferreira tenía.

Y que — si verificaban el origen — mostrarían que los mensajes "amenazantes" que yo había recibido venían del móvil de Marcos.

No de un perseguidor desconocido.

De alguien que intentaba ayudarme.

Me levanté del banco.

Golpeé la puerta.

El guardia vino.

— Necesito hablar con el detective Ferreira — dije.

—

CAPÍTULO 22

EL MÓVIL DE MARCOS

LENA

Tardé tres horas en conseguir la reunión.

Ferreira llegó a la sala de interrogatorio con el cansancio de alguien que está lidiando con demasiadas cosas a la vez, pero había algo en su forma de sentarse — un grado menos de rigidez — que me dijo que estaba escuchando.

— Los mensajes anónimos que recibí — empecé de inmediato. — ¿Verificaste el origen?

— Estamos verificando —

— Son del móvil de Marcos. Estoy segura.

Me miró.

— ¿Por qué estaría segura?

— Porque Marcos sabía que me estaban tendiendo una trampa. E intentaba avisarme sin comprometerse con Laura. — Hice una pausa. — Me dijo: "tienes que tener cuidado con lo que les cuentas." Eso no es una amenaza. Es una advertencia.

Ferreira guardó silencio.

— Y hay algo más — continué. — Rafael puede estar en peligro activo. Laura no va a querer que despierte y hable. Si no pones protección en ese cuarto —

— Ya hay un policía en el cuarto de su marido.

Respiré levemente.

— ¿Desde cuándo?

— Desde ayer por la tarde. — Una pausa. — Después de la muerte del doctor Vidal, decidimos que el patrón era suficientemente claro para justificar protección.

— Entonces ya crees que hay un patrón más allá del que me estabas atribuyendo a mí.

— Estoy investigando todos los ángulos — dijo, con cuidado.

— El móvil de Marcos. Si los mensajes vienen de él —

— Si vienen, eso cambia la interpretación de los mensajes. — Cerró el cuaderno. — Pero no cambia necesariamente su situación actual.

— ¿Por qué?

— Porque las evidencias físicas siguen existiendo. Los registros de cámara. El acceso a los medicamentos. — Una pausa. — Pero hay otra cosa que me interesa más ahora.

— ¿Qué?

— Laura Vidal. — Puso una hoja sobre la mesa. — Hemos verificado los registros de acceso al hospital. La frecuencia con que entró en el edificio en las últimas ocho semanas.

Miré la hoja. Una tabla con fechas y horarios.

Casi a diario. Muchas veces de madrugada.

— No trabajaba allí — dijo Ferreira. — No tenía ningún motivo clínico ni administrativo para estar presente con esa frecuencia.

— Estaba monitorizando.

— Es posible. — Una pausa. — También hemos verificado los registros financieros de Marcos. Hay ingresos regulares en los últimos cuatro meses procedentes de una cuenta que todavía estamos rastreando.

El corazón me latió más rápido.

— ¿Cuánto?

— Suficiente para caracterizar pago por servicio. — Me miró. — La cuenta está registrada a nombre falso. Pero estamos rastreando la IP de los accesos bancarios.

— ¿Y?

— Once de los diecinueve accesos se hicieron desde un dispositivo registrado a nombre de Laura Vidal.

El silencio en la sala fue de un tipo diferente a los anteriores.

— Eso todavía no prueba — dijo Ferreira, con cuidado — que ella administrara los medicamentos. Pero prueba que estaba pagando a Marcos por algo.

— Y que tenía motivo para eliminarlo cuando dejó de ser de fiar.

— Esa es una conclusión que no puedo sacar todavía de forma formal.

— Pero la estás sacando.

Cerró la carpeta.

— Voy a necesitar que esté disponible. No detenida formalmente — pero accesible.

— ¿Y Laura?

— La estamos localizando.

— Cuando la encuentres — dije —, pregúntale por el apartamento que alquiló en el barrio contiguo al hospital. Hace seis semanas. A nombre de su hermana.

Ferreira se detuvo.

— ¿Cómo sabes eso?

— Rafael me lo contó. Ella usaba el apartamento para guardar las ampollas que Marcos robaba del hospital.

El silencio que vino después era de trabajo — el silencio de alguien reorganizando rápidamente una estructura investigativa.

— Necesito confirmarlo —

— Lo sé. Confírmalo. — Hice una pausa. — Pero Rafael puede empeorar. Si muere antes de declarar —

— Su marido está estable. — Ferreira me miró. — Ha mejorado en las últimas dos horas.

Cerré los ojos un segundo.

Respiré.

— Gracias — dije.

—

CAPÍTULO 23

EL APARTAMENTO

LENA

El apartamento estaba en una calle paralela al hospital — a una manzana de distancia, conveniente para alguien que necesitara transportar cosas entre los dos puntos sin llamar la atención.

Ferreira me llevó con él, lo cual no esperaba. Pero necesitaba que yo identificara cualquier cosa que no pudiera identificar por sí solo.

El inmueble estaba a nombre de una mujer llamada Claudia Soares. Que no existía — el documento era falsificado, lo que la policía confirmó en cuarenta minutos.

Dentro del apartamento, el registro encontró:

Un cuaderno. Con anotaciones escritas a mano — fechas, nombres de pacientes, dosis. La letra era diferente a la de Marcos, diferente a la que había visto en los historiales falsificados.

Era la letra de Laura.

Frascos. Algunos todavía con residuo. Midazolam. El mismo lote del que había desaparecido del hospital.

Un segundo cuaderno. Más pequeño, más personal. Con entradas que parecían un diario.

Ferreira se puso los guantes. Abrió el diario.

Leyó algunas entradas.

Yo no leí por encima de su hombro — pero vi cómo su expresión cambiaba gradualmente mientras leía.

Cuando cerró el cuaderno y se giró hacia mí, había algo en su expresión que no había visto antes.

— Lo escribió todo — dijo.

— ¿Qué?

— El plan. Las muertes. La motivación. — Una pausa. — La estrategia para incriminarte a ti.

Me quedé mirándole.

— ¿Escribió un diario de todo lo que hizo?

— Con bastante detalle. — Se quedó en silencio un momento. — Sea por arrogancia o por algún otro motivo que todavía no entiendo del todo.

Pensé en lo que Rafael me había contado. En la forma en que Laura operaba. En la certeza que parecía tener de que nadie la atraparía nunca.

— No creía que nadie fuera a encontrar esto — dije.

— O no le importaba.

Miré por la ventana del apartamento. Desde donde estaba, había una línea directa de visión hacia la entrada del hospital.

Ella había estado aquí. Observando. Planeando.

Y escribiendo.

Porque algunas personas, cuando cometen algo que las consume por completo, necesitan que alguien lo sepa. Necesitan documentar. Aunque nunca se lo muestren a nadie, el acto de escribir confirma que lo que hicieron fue real — que existieron, que actuaron, que hicieron que ocurriera.

El diario no era evidencia accidental.

Era la obra completa de alguien que necesitaba que la historia existiera.

* * *

CAPÍTULO 24

RAFAEL

LENA

Rafael despertó el viernes.

Tarde por la noche. Yo estaba en el hospital — no en su cuarto, porque las circunstancias todavía eran complicadas — cuando la enfermera de guardia vino a decírmelo.

Entré.

Estaba tumbado con los ojos abiertos, la piel todavía con ese tono pálido pero vivo de quien está emergiendo de algo serio. Cuando me

vio, algo cruzó por su rostro — alivio, quizás, o esa especie de gratitud específica de quien ha llegado muy cerca de la posibilidad de no volver a ver a alguien.

— Lena.

— Rafael.

Me senté junto a la cama.

Por unos minutos no dijimos nada. El hospital hacía sus ruidos habituales alrededor — máquinas, pasos lejanos, alguien hablando en voz baja en el pasillo.

— ¿Qué pasó? — preguntó finalmente.

— Fuiste al hospital de madrugada. Antes de tu turno. Las cámaras te registraron entrando por la salida de servicio.

— Fui a hablar con ella.

— ¿Con Laura?

— Quería darle la oportunidad de entregarse. — Cerró los ojos un momento. — Ingenuidad.

— Te envenenó.

— Había una taza de café esperando. En el apartamento, cerca del hospital. Dijo que necesitábamos hablar sobre cómo presentar las cosas a la policía, que había una forma de hacerlo que no me destruiría del todo. — Una pausa. — Debería haberlo sabido.

— Casi mueres.

— Sí.

Silencio.

— Ferreira encontró el apartamento — dije. — Y el diario.

Rafael abrió los ojos.

— ¿Escribió?

— Todo. Con detalle. — Hice una pausa. — Es suficiente para construir el caso completo.

Se quedó mirando el techo un momento.

— ¿Dónde está ella?

— Todavía la están buscando.

— Va a huir.

— Quizás. Pero el diario está ahí. Las transferencias a Marcos están rastreadas. Tu confirmación va a ser más que suficiente.

Silencio más largo.

— Lena. — Giró la cabeza para mirarme. — Lo que hice... la aventura, la cobardía, todo lo que dejé que ocurriera por miedo... no tiene explicación que lo justifique.

Le escuché.

Había muchas cosas que podrían decirse sobre eso. Había rabia legítima. Había la tristeza específica de un nivel de confianza que no vuelve igual. Había también esa realidad más complicada: que había quedado atrapado en una trampa que Laura había construido con cuidado, que había intentado protegerme al mismo tiempo que tomaba decisiones terribles, que había despertado tarde pero había despertado.

— Tendrás que dar declaración completa en cuanto el médico te lo permita — dije.

— Lo haré.

— Y yo tuve que responder a muchas preguntas que no habrían sido necesarias si hubieras ido a la policía antes.

— Lo sé.

— Entonces eso está dicho.

Me quedé mirando la pared del cuarto un momento.

Había mucho más que tendría que decirse en otros momentos. Pero ese no era el momento.

— Duerme — dije. — Necesitas estar bien para la declaración.

Me levanté.

En la puerta, me detuve.

— Rafael.

— Sí.

— Me alegra que hayas despertado.

Salí del cuarto antes de que pudiera responder.

—

CAPÍTULO 25

LAURA

LENA

Laura fue encontrada el jueves.

No huyendo, no escondida. En el aeropuerto — pero no en la fila de embarque, no en pánico, no con la postura de alguien que intenta

desaparecer.

Sentada en la zona de embarque, con una maleta de mano a su lado, tomando café.

Como si estuviera partiendo hacia un viaje planificado.

Ferreira me lo contó después, con esa ligereza cansada de investigador que ha aprendido que las sorpresas en el trabajo son frecuentes.

— No opuso resistencia — dijo. — Entró en el coche con nosotros, respondió a las preguntas formalmente, pidió hablar con un abogado.

— Sabía que encontraríais el apartamento.

— Probablemente. — Una pausa. — Pero el diario es lo que cambia todo. No hay forma de explicar el diario de una manera distinta.

Pensé en Laura escribiendo esas páginas. Con la misma precisión y calma con que había hecho todo lo demás.

— ¿Por qué escribió? — pregunté.

Ferreira se quedó en silencio un momento.

— Cuando la interrogué sobre eso, dijo algo que no voy a olvidar fácilmente.

— ¿Qué?

— Dijo: "Porque alguien tenía que saber que fui yo."

Me quedé mirándole.

— Necesitaba que la historia existiera — dije, casi para mí misma.

— Aparentemente. — Cerró el cuaderno. — Lo cual hace el trabajo de construcción del caso más fácil, pero también más... perturbador.

Salí de la comisaría con ese peso específico que llega cuando por fin llegas al final de algo y descubres que el final no es exactamente como imaginabas que sería.

No había catarsis. No había el alivio limpio del cierre. Solo había el cansancio, y el paisaje alrededor que seguía existiendo con la misma indiferencia de siempre, y la sensación de haber pasado por una versión de ti mismo que ha cambiado algo fundamental.

Me quedé parada en la acera un momento.

El hospital estaba a tres manzanas. Se veía la parte superior del edificio desde allí.

Empecé a caminar.

—

CAPÍTULO 26

EL PASILLO

LENA

Volví al hospital seis semanas después.

No para trabajar — todavía no. Para hablar con la supervisora de enfermería sobre los próximos pasos, sobre el proceso de reincorporación, sobre lo que cambia y lo que puede volver a la normalidad.

El pasillo del área clínica tenía el mismo olor de siempre. Desinfectante y café viejo y esa cualidad específica del aire de un lugar cerrado que circula entre muchas respiraciones.

Pasé por el control de enfermería. Una enfermera nueva me saludó con esa sonrisa profesional de quien reconoce a una persona sin saber exactamente quién es.

Pasé por la habitación 312. Cerrada, ocupada por otro paciente, completamente indiferente al peso que tenía para mí.

Pasé por la sala de medicación.

Me detuve.

La puerta estaba cerrada. Normal para esa hora.

Pensé en Marcos. En el corte en los dedos. En las ampollas. En la forma en que había intentado, dentro de las limitaciones imposibles en que estaba atrapado, avisarme.

Pensé en los tres pacientes. Ricardo Matos. Los otros dos cuyos nombres había memorizado sin querer.

Pensé en Eduardo — que había estado en el lugar equivocado con los sentimientos equivocados y había sido eliminado por eso.

Pensé en Daniel — que había pasado meses siendo el sospechoso perfecto sin saberlo, que había descubierto algo en las últimas conversaciones que tuvimos y había sido silenciado antes de poder unirlo todo.

Pensé en Rafael — que estaba en rehabilitación ahora, que debía meses de declaraciones y conversaciones difíciles, que era responsable de algunas cosas y completamente sorprendido por otras.

Y pensé en Laura.

Que estaba en un proceso que duraría años. Que había escrito un diario detallado de todo lo que había hecho, que sería el centro de un caso que los abogados del estado ya llamaban de "complejidad

inusual". Que había salido del aeropuerto con la misma compostura con que había llegado al hospital semanas antes.

Que había dicho: "Alguien tenía que saber que fui yo."

Había algo en esa frase en la que seguía pensando. No admiración — en absoluto. Sino ese tipo de inquietud que viene de entender algo que preferirías no entender.

Laura había destruido personas reales. Había causado dolor real. Y en algún nivel, había necesitado ser vista haciéndolo — no por el mundo, no públicamente, sino a través de algún registro que existiera. Que atestiguara que ella había actuado.

Que había existido.

La supervisora apareció en el pasillo.

— Lena.

— Ana.

Nos abrazamos brevemente — el abrazo específico de personas que han pasado por algo difícil sin estar juntas en el proceso.

— ¿Todo bien? — preguntó.

— Más o menos.

— Es la respuesta honesta.

— Es la única que tengo.

Entramos en su despacho. Empezamos a hablar de fechas, de turnos, de lo que había cambiado en los protocolos desde los hechos.

El hospital seguía.

Los pasillos seguían.

Las máquinas seguían.

Y yo seguiría también — diferente, más cansada, más atenta a ciertas cosas que antes pasaban desapercibidas. Pero seguiría.

Iba saliendo cuando cogí el ascensor equivocado por segunda vez en ese hospital.

Las puertas se abrieron en la cuarta planta.

Me quedé parada un segundo, mirando el pasillo. Las luces más cálidas. El olor diferente. Las puertas con nombres en lugar de números.

SALA DE TERAPIA INDIVIDUAL.

SALA DE GRUPO A.

ALA DE REHABILITACIÓN PSIQUIÁTRICA — ACCESO RESTRINGIDO.

Pulsé el botón para cerrar las puertas.

Bajé.

Salí del hospital sin pensar más en ello.

Porque eso es lo que hacen las personas.

Siguen.

—

CAPÍTULO 27

LO QUE QUEDÓ

LENA

Tres meses después, fui a la cafetería.

Sin motivo concreto. Era un martes temprano, el sitio casi vacío, la música demasiado baja para identificarla. Me senté cerca de la ventana y pedí lo habitual sin mirar la carta, como si mi cuerpo supiera que todavía pertenecía a esa rutina aunque mi cabeza todavía estuviera aprendiéndolo.

La barista — una chica joven cuyo nombre nunca había preguntado, que me reconocía de vista desde hacía años — dejó la taza sobre la mesa.

Se detuvo.

— ¿Estás bien? — preguntó.

La miré, un poco sorprendida.

— Lo vi en las noticias — explicó. — Algo con el hospital donde trabajas.

— Estoy bien — dije. — Gracias por preguntar.

Volvió a la barra.

Me quedé mirando la taza un largo momento.

Había algo específico en esa pregunta que se me quedó. No el contenido — *¿estás bien?* era una pregunta que había recibido decenas de veces en los últimos meses, de personas que me conocían mucho mejor que aquella barista. Era otra cosa. Era el hecho de que me había visto. Había notado mi ausencia. Había hecho la pregunta sin necesitar nada a cambio, sin vínculo, sin obligación.

Las personas notan más de lo que creemos que notan.

Terminé el café despacio.

Pagué. Dejé una propina más grande de lo habitual, sin saber muy bien por qué.

Salí a la calle.

El hospital se veía desde el final de la calle. Había recorrido esa distancia tantas veces que mis pies conocían cada irregularidad de la acera, cada esquina donde el viento cambia de dirección por la mañana.

Empecé a andar.

Y mientras andaba, pensé en un detalle que me había acompañado las últimas semanas sin saber muy bien qué hacer con él: que había escrito un libro entero sobre una mujer a quien nadie veía.

Y había creído que era sobre otra persona.

—

LAURA — DIARIO (ÚLTIMA ENTRADA)

Encontraron el diario. Claro que lo encontraron — lo dejé donde sabía que acabarían llegando.

Algunas personas van a considerar esto una locura. El fiscal probablemente lo llamará arrogancia patológica. El psiquiatra que me evalúe tendrá una clasificación para esto, alguna palabra de muchas sílabas que intentará capturar en lenguaje clínico algo que no es clínico.

Pero la verdad es más sencilla.

Necesitaba que existiera.

Daniel me engañó durante ocho años. Rafael le quería de una forma que me hacía invisible por los dos lados — invisible para Daniel, que me trataba como el mobiliario del matrimonio, e invisible para

Rafael, que nunca me vio como amenaza porque nunca me vio del todo.

Yo no soy mobiliario.

Yo no soy invisible.

Y ahora existe un documento que prueba que existía. Que actuaba. Que tomaba decisiones, que planeaba, que ejecutaba.

Que fui yo.

Quizás sea suficiente.

Quizás no.

Pero es lo que existe.

L.

* * *

EPÍLOGO

LENA

Estaba en el pasillo cuando oí la voz.

No era un grito. Era una voz baja, controlada, que se filtraba por la rendija de la puerta entreabierta de la Consulta 3 con esa calidad específica de cosas dichas con mucho cuidado — como si cada palabra hubiera sido sopesada antes de pronunciarse, como si la espontaneidad fuera un lujo que la persona del otro lado había aprendido a prescindir.

Me detuve.

En el pasillo del hospital, el movimiento de la tarde seguía el ritmo de siempre — un enfermero pasando con una bandeja, alguien saliendo de la sala de descanso con dos vasos de agua, la televisión de la sala común transmitiendo algo que nadie miraba. Todo absolutamente normal. Todo exactamente donde debía estar.

Menos esa voz.

Me acerqué despacio. No entré — me quedé fuera, a unos dos metros de la rendija, en una posición que no era de escucha intencional pero que era, en la práctica, exactamente eso.

Era una mujer. Solo conseguía ver su perfil desde allí — el pelo rojizo recogido de una forma que parecía casual pero claramente no lo era, la postura de alguien que había aprendido a ocupar cualquier silla como si fuera suya por derecho.

Al otro lado, el Dr. Vidal. Levemente inclinado hacia delante. Las manos entrelazadas sobre la rodilla. Escuchando.

La voz de la mujer llegaba en fragmentos:

— ...yo sabía desde el principio que no me veía. No de verdad. Era el decorado. La mujer en el evento, el nombre en la firma de la tarjeta de Navidad, la persona que garantizaba que la casa funcionara para que él pudiera existir dentro de ella sin necesitar pensar en nada.

El Dr. Vidal no dijo nada. Solo esperó.

— Ocho años. — La voz se fue apagando. — Ocho años siendo el decorado de una vida que no era mía.

— ¿Y qué hiciste con eso? — dijo el médico.

Una pausa.

— Lo maté.

Sentí el pasillo enfriarse.

La mujer lo dijo con la misma voz con que habría dicho cualquier otra cosa. Sin dramatismo. Sin derrumbe. Con la serenidad de alguien que describe un hecho ya digerido, masticado, tragado tantas veces que ha perdido la capacidad de sorprender.

— ¿Por qué? — preguntó el Dr. Vidal.

— Porque él traicionó primero. — Pausa. — No solo con el cuerpo. Traicionó cuando decidió que yo era invisible. Traicionó cuando dejó de verme. Traicionó cada vez que yo hablé y él me miró como si yo fuera el ruido de fondo de una vida que le pertenecía a él.

— Y consideraste que matar era la respuesta.

— No considero nada. Sé que fue lo que ocurrió.

Silencio.

— ¿Sientes remordimiento?

La mujer se quedó un momento mirando la ventana pequeña de la consulta. Seguí el ángulo de su mirada — rejas blancas, el jardín fuera, el rosal que conocía bien.

— Puedo entender lo que hice — dijo finalmente. — Sentirlo es otra conversación.

El Dr. Vidal hizo una anotación. La primera de toda la sesión.

— Gracias por hoy, Laura.

— Lo dices siempre.

— Porque siempre es verdad.

La mujer se levantó.

Y yo, desde el pasillo, di un paso atrás instintivamente — como alguien a quien han pillado haciendo algo que no debería.

* * *

Fue en ese momento cuando oí los pasos.

Pesados. Regulares. Con ese sonido de quien lleva el mismo par de zapatos muchos años y ha aprendido a apoyar el pie de una forma que no desgasta la suela más rápido de lo necesario.

Ferreira.

Apareció en el pasillo viniendo del ala de acceso, con el distintivo de seguridad balanceándose en el pecho y esa expresión de siempre — no exactamente seria, no exactamente relajada, el rostro de alguien que ha aprendido a existir en un estado permanente de atención moderada.

Lo primero que sentí al verle fue alivio.

Lo segundo fue una confusión que no supe nombrar de inmediato.

Porque Ferreira estaba vivo. Y me sonrió con esa sonrisa discreta de quien me conoce desde hace tiempo. Como si no hubiera pasado nada. Como si los últimos meses no hubieran existido.

— Lena. — Se detuvo a mi lado. — El Dr. Vidal quiere verte cuando estés lista.

— El Dr. Vidal está en sesión — dije yo, sin pensar.

— Está terminando. — Miró brevemente hacia la puerta de la consulta. — Pidió que te avisara.

Me quedé mirándole.

Ferreira. El detective que había dirigido toda la investigación. Que me había detenido. Que había encontrado el apartamento con el diario. Que había —

¿Que había qué?

Parpadeé.

Ferreira tenía el distintivo de seguridad del hospital. No una placa de policía. Un distintivo azul con el logo del hospital y su nombre debajo: FERREIRA — SEGURIDAD.

Siempre había sido así.

— ¿Todo bien? — preguntó.

— Todo — dije. Automáticamente. — Gracias.

Asintió y se fue por el pasillo.

Me quedé donde estaba.

La puerta de la Consulta 3 se abrió.

* * *

La mujer salió primero.

De cerca, su rostro tenía una calidad que no había conseguido ver desde el pasillo — no era exactamente belleza, era otra cosa. La compostura de alguien que ha pasado mucho tiempo aprendiendo a no mostrar lo que siente, tanto tiempo que el hábito se había convertido en estructura, en hueso, en algo que ya no salía aunque la persona quisiera.

Sus ojos eran verdes.

Claros. Absolutamente tranquilos.

Me miró un segundo — el tipo de mirada que evalúa sin parecer que evalúa — y luego se giró y se fue por el pasillo sin decir nada.

Me quedé siguiéndola con los ojos.

Entonces sentí que algo golpeaba levemente mi brazo.

Ferreira había vuelto.

Sostenía un cuaderno.

De espiral. Tapa azul oscura. El tipo de cuaderno que se compra en una papelería de barrio, sin nada especial, sin nada que justificara el peso que parecía tener ahora en su mano.

— Encontré esto en la sala de lectura — dijo, tendiéndome el cuaderno. — Es tuyo, ¿verdad? Tiene tu nombre en la primera página.

Miré el cuaderno.

No lo cogí de inmediato.

Había algo que no encajaba. Algo que no conseguía articular, que existía solo como una presión detrás de los ojos, una interferencia, como cuando te despiertas de un sueño muy vívido y tardas unos segundos en saber exactamente dónde empieza la realidad.

— Lena — dijo Ferreira, con paciencia. — El cuaderno.

Lo cogí.

Lo abrí por la primera página.

La letra era mía. Inconfundible — esa inclinación leve hacia la derecha, la forma de cerrar la A sin levantar el bolígrafo, cómo la l minúscula siempre parecía querer ser más grande de lo que era.

Y lo que había escrito era:

Hospital. Los pasillos. Las muertes.

Imaginar ser la enfermera que descubre.

La investigadora. La mujer que ve los patrones.

Me quedé mirando las palabras.

Luego pasé a la página siguiente.

Y a la siguiente.

Cada página era yo. La letra, los pensamientos, las escenas que había construido — Marcos robando los frascos, Eduardo investigando, Daniel siendo el sospechoso, Rafael en el aparcamiento, Laura planeándolo todo.

Cada escena. Cada detalle. Cada momento que había creído estar viviendo.

Escrito por mi propia mano.

En fechas que empezaban cuatro meses atrás.

Cuando me habían ingresado.

El pasillo pareció estrecharse.

Me apoyé en la pared. No porque quisiera — porque las piernas lo pidieron.

Ferreira se quedó a mi lado, sin hablar, con esa presencia de quien ya ha visto llegar a ciertas conclusiones a muchas personas y ha aprendido que a veces lo más útil es simplemente estar ahí.

* * *

La voz vino de la puerta de la consulta.

— Lena.

Levanté los ojos.

El Dr. Daniel Vidal estaba en la entrada de la Consulta 3, con la mano todavía en el pomo, las gafas redondas que usaba en las sesiones, la bata blanca con el distintivo en el bolsillo.

Vivo.

Completamente, absolutamente vivo.

Me quedé mirándole y sentí que algo dentro de mí hacía un movimiento extraño — no exactamente sorpresa, porque en algún lugar yo ya debía saberlo, ya debía haberlo percibido, sino el tipo de reconocimiento que duele porque llega demasiado tarde.

— Puedes entrar — dijo, con esa voz tranquila. — Cuando estés lista.

Entré.

La sala era exactamente igual que en las otras sesiones. La mesa, el sillón, la ventana pequeña con las rejas blancas. El jardín fuera.

Me senté.

Él se sentó al otro lado.

Por un largo momento ninguno de los dos habló.

Miré el cuaderno en mi propio regazo. Las palabras en la primera página. La letra que era mía y no podía ser de nadie más.

— Lo escribí todo yo — dije. No como pregunta.

— Sí.

— Y creí que estaba viviéndolo.

— Por un tiempo, sí.

Cerré el cuaderno.

— La mujer que salió de la sala antes que yo.

— Laura — dijo Daniel. — Lleva seis meses como paciente aquí.

— Mató a su marido.

— Sí.

— Y yo leí su diario. En la sala de lectura.

Una pausa.

— Sí.

Me quedé mirando por la ventana.

El jardín. El rosal. El banco de madera donde me había sentado tantas veces sin entender qué era ese lugar.

— Rafael intentó terminar el matrimonio — dije, con una voz que sonó más pequeña de lo que pretendía.

— Sí.

— Y yo entré en una historia que no era mía porque la mía era demasiado grande para mirarla de frente.

Daniel no respondió de inmediato. Había en él esa calidad de quien ha aprendido que a veces lo más útil es dejar que la persona llegue por sí misma.

— Le puse a usted de villano — dije, finalmente.

— Lo sé.

Me quedé mirándole. Las gafas redondas. La bata blanca. La atención quieta que había descrito tantas veces sin darme cuenta de que estaba describiendo la realidad.

No necesité preguntar por qué. De una forma torcida y completamente humana, ya lo sabía.

* * *

Me quedé en la sesión cuarenta minutos más.

No hablé mucho. Daniel tampoco exigió. Había sesiones así — él lo había explicado en la segunda semana, cuando todavía intentaba entender las reglas de ese lugar — sesiones en que lo más importante no era lo que se decía, sino lo que se atravesaba en silencio.

Cuando salí, el pasillo tenía la iluminación del final de la tarde. La televisión de la sala común había cambiado de programa. La planta del rincón tenía las hojas un poco más amarillas que la última vez que le había prestado atención.

Ferreira estaba en el puesto de seguridad, cerca de la entrada. Cuando pasé, levantó levemente la barbilla — ese saludo mínimo de quien reconoce a una persona sin interrumpir lo que está haciendo.

Respondí de la misma forma.

De camino a la habitación, pasé por la sala de lectura.

Me detuve en la puerta.

La estantería donde había encontrado el diario de Laura estaba ahí — segunda fila, tercer compartimento, entre una novela policial gastada y una colección de crucigramas que nadie terminaba nunca. El espacio estaba vacío ahora. Alguien lo había recogido.

Me quedé mirando ese espacio vacío un momento.

Luego miré el cuaderno que seguía en mi mano.

Mi cuaderno. Con mi letra. Con la historia que había construido para sobrevivir a un dolor que todavía no conseguía mirar de frente.

Lo abrí por la última página escrita.

Y después de la última línea — después de todo lo que había inventado, de todos los pasillos y sospechosos y muertes e investigaciones — cogí el bolígrafo que estaba en el bolsillo de la sudadera y escribí.

Despacio. Con cuidado.

Yo no era la enfermera.

Yo era la paciente.

Y la historia era mía desde el principio.

Cerré el cuaderno.

Fui a la habitación.

Por la ventana del pasillo, el cielo tenía ese color de final de tarde que no se decide — naranja en los bordes, azul persistiendo en el centro, las dos cosas al mismo tiempo.

Me detuve.

Había una cosa pequeña que había escrito en el cuaderno, en las primeras páginas, antes de entrar de lleno en la historia que había construido. Una frase que había vuelto a leer ese día y que no había conseguido quitarme de la cabeza desde entonces.

La investigadora. La mujer que ve los patrones.

Lo había escrito sobre mí misma sin saber que lo estaba escribiendo sobre mí misma.

Fui a la habitación.

Y por primera vez en mucho tiempo, cuando pasé frente al espejo en el pasillo y mi rostro me devolvió la mirada, lo reconocí.